

# CHLOE

EMMA MADDEN



**SERIE  
DIVAS**

**1**

CHLOE  
Y SU GUARDAESPALDAS

EMMA MADDEN

*“No soy un dechado de virtudes, solo amo, pero mi amor  
es prodigioso, exclusivo y constante”  
Amantine Aurore Lucile Dupin (George Sand)*

—¡Fuera de mi casa!

Lanzó el teléfono móvil, rebotó en el hombro de Daniel y luego se estampó contra el suelo provocándole un principio de infarto.

—Chloe...

—Ni Chloe ni leches ¡fuera de mi casa! —se agachó para recoger el aparatito y comprobó con alivio que seguía con vida—. Vete de una vez si no quieres que llame a la policía.

—Pero...

No alcanzó a decir nada más porque ella se volvió, agarró un jarrón y se lo tiró con flores y todo. Daniel Cunningham saltó y su agilidad lo salvó de recibir el golpe de lleno. Dio un paso atrás y sintió las rosas mojadas empapándole los dedos de los pies, miró a Chloe con el ceño fruncido, se giró y abandonó la habitación en calzoncillos y descalzo.

—Maldito hijo de puta —siguió mascullando mientras lo veía saliendo muerto de miedo hacia el pasillo— ¡Y no vuelvas a ponerte delante de mis ojos o te capto! ¡Estás avisado!

—¿Va todo bien?

Un segundo después Laura, su asistente personal, asomaba la cabeza al dormitorio para, como siempre, ver si necesitaba algo. Chloe la miró y negó con la cabeza.

—No, todo va rematadamente mal, Laura, así que prepara un comunicado de prensa. Daniel y yo nos divorciamos, ya es oficial, no pienso pasarle ni una más.

—Vaya... yo...

—¿No has visto Instagram? ¿Twitter? The Sun saca en portada mañana a mi maridito besuqueándose con una buscona que conoció en Las Vegas. Menuda humillación. Voy a destrozarlo en los tribunales... llama a Rachel y dile que me busque un buen abogado de divorcios.

—¿Estás segura de...?

—Completamente segura ¿Te crees que soy idiota?

Laura negó con la cabeza, desapareció y Chloe se desplomó en la cama sin derramar una sola lágrima, pero con el corazón destrozado.

La confianza, la lealtad, la fidelidad, la amistad, el compromiso... todas esas cosas que le importaban y que ahora, de repente, se desvanecían delante de sus ojos sin que pudiera controlarlo. Era tremendo, un golpe bajo que no podía perdonar, no podía, porque ya había perdonado antes y no había servido para nada.

Cuatro años de matrimonio tirados a la basura y, lo peor de todo, tirados a la basura de forma pública porque tanto Daniel como ella eran famosos, unas malditas estrellas de Hollywood a las que seguían los pasos millones de personas a través de los medios de comunicación y las redes sociales. O sea, que el escarnio sería internacional y la vergüenza universal.

Giró en la cama y agarró el teléfono móvil. Tenía cientos de mensajes, por todas partes: WhatsApp, Twitter, Instagram, Facebook... todo el mundo empezaba a enterarse de las fotos de Daniel con su nuevo ligue y querían consolarla, o eso decían, aunque el noventa y nueve por ciento de esa gente ni siquiera la conocía.

Leyó alguno más personal, contestó uno de su madre y otro de su hermana y apagó el móvil. No quería, ni podía, lidiar con eso.

—Chloe...

—¿Qué? —se incorporó y miró a Laura con el ceño fruncido.

—Daniel dice que se lleva el Lamborghini porque te lo regaló él.

—¿En serio? —parpadeó con ganas de echarse a reír y Laura se encogió de hombros.

—Dice que lo pagó con su dinero y que ahora necesita las llaves.

—Dale las malditas llaves. No me interesa el puñetero coche, que encima es una horterada.

—Si tú lo dices, ok.

—Gracias y cierra la puerta, por favor. Necesito dormir, no quiero que me

moleste nadie hasta mañana.

—Claro.

# 1

Si no quieres acabar sufriendo no te cases, le había dicho su madre dos horas antes de su boda con Daniel, y al parecer había acertado de pleno.

Por aquel entonces tenía veinticuatro años, una carrera de más de diez en el cine y la televisión, era independiente y madura, y Daniel Cunningham representaba la quintaesencia del hombre perfecto, a saber: guapo, listo, divertido, talentoso, rico, romántico, detallista y británico. Lo de ser británico parecía una frivolidad, pero no lo era para ella, que había nacido en un pueblito de Nebraska y que desde siempre había adorado el acento, las costumbres y la cultura británica. Se había enamorado de todos los libros y las películas de Jane Austen, de Cary Grant, Colin Firth, Orlando Bloom o Daniel Craig, y conocer a Daniel había sido como encontrar todo eso junto y en un envase de lujo, porque Daniel era perfecto.

Incluso se habían casado en un castillo inglés, rodeados del boato y la ceremonia británica, y había subido al altar vestida como una estúpida novia medieval. Cada vez que lo pensaba le daba una vergüenza atroz, pero ya no podía dar marcha atrás. Se había equivocado en todo y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Señora Cunningham...

—Miller, me llamo Miller, nunca fui la señora Cunningham, mucho menos ahora.

—Por supuesto... —el juez la miró por encima de las gafas y ella entornó los ojos—. Solo hemos venido a ratificar el acuerdo de divorcio, necesito que me de un sí o un no y acabamos con este trámite de inmediato.

—Sí a todo.

—Claro, como te has quedado con todo, incluso con mi perro —susurró Daniel desde su sitio y ella lo fulminó con la mirada.

—Odiabas al perro, Daniel.

—Odiaba cómo eras tú con el chucho, Chloe.

—Vete a la mierda.

—Haya paz —el juez levantó la mano y sus respectivos abogados se pusieron de pie.

—Todo está firmado, señoría, y nuestros clientes ratifican el convenio.

—Estupendo, pues ya está. Pueden marcharse.

El juez firmó lo que le correspondía, feliz de librarse pronto de unas estrellas de Hollywood que habían traído al juzgado una ristra de reporteros, y los invitó a dejar su sala con gesto serio. Chloe se levantó y se estiró la chaqueta mirando a Sue, la nueva novia de Daniel, que no había tenido el sentido común ni la clase de no aparecer en la ratificación del divorcio.

La miró moviendo la cabeza y ella, que debía estar aún en el instituto, le sonrió masticando un chicle. Un esperpento. Respiró hondo para no gritar y se encaminó hacia la salida, pero antes Daniel se acercó, la agarró del codo y le susurro pegado al oído.

—Que estemos divorciados no significa que no podamos follar de vez en cuando, Chloe. Seguro que ya me echas de menos.

—Aunque fueras el último hombre que pisa la tierra.

—¿Cuánto llevas sin echar un buen polvo?... te conozco y te lo veo en la cara. Si quieres te paso a ver dentro de un rato y...

—¿Señora Miller? —una voz profunda y serena le llegó por la espalda y ella le prestó atención sintiendo cómo le rozaba el brazo—. El coche la espera por aquí, hemos conseguido una salida segura.

—Eh... —lo miró de arriba abajo sin reconocerlo, pero Laura, que estaba a un metro de distancia, la animó a seguirlo y eso hizo para abandonar los juzgados por una puerta lateral donde no había ningún reportero—. Muchas gracias.

—De nada, señora.

—¿Usted es? —observó cómo se ponía al volante del 4X4 y enfilaba hacia Tribeca sin abrir la boca.

—Es Kenan Yaman, Chloe —intervino Laura con una sonrisa—. Tu nuevo jefe de seguridad.



—¿Tengo jefe de seguridad?

—Lo impuso la compañía de seguros y la productora, hace semanas que hablamos de eso.

—Es cierto, es que... en fin, encantada, señor Yaman.

—Encantado.

La miró por el espejo retrovisor con unos ojazos oscuros muy inteligentes y ella asintió con una sonrisa. Se trataba de un hombre imponente, de unos treinta y tantos, con barba, rasgos perfectos, al que el traje y la corbata le sentaban a las mil maravillas. Desvió los ojos hacia sus enormes y cuidadas manos y pensó en la productora.

Había firmado con la productora más importante del mundo para rodar dos películas de una franquicia multimillonaria, sería su paso definitivo al cine de acción y estaba encantada, pero, claro, su contrato restringía bastante sus trabajos fuera del proyecto principal y, sobre todo, había impuesto un sistema de seguridad que no solía utilizar, pero que había aceptado porque lo necesitaba.

Llevaba unos meses muy duros, especialmente tras el divorcio de Daniel, que había multiplicado los acosadores que la perseguían por Internet. No solo estaba la prensa rosa que no la dejaba dar un paso en paz, también estaban los fans normales, y los menos normales, que habían encendido todas las alarmas de su agente y de la productora que le estaba pagando una fortuna por su trabajo.

Así pues, se habían contratado unos seguros millonarios y se había fichado a un equipo de seguridad de élite que se ocuparía de vigilar su residencia de Tribeca, sus desplazamientos, sus viajes, sus rodajes y toda su vida por un tiempo, al menos hasta que acabara la primera película y comprobaran que el acoso había cedido. Por eso tenía un jefe de seguridad y por eso ese hombre tan elegante iba conduciendo su coche camino de casa.

—¿Vas a ir al desfile de Givenchy del miércoles? —oyó la voz de su asistente y la miró de soslayo.

—Creo que no, necesito estar una tarde en casa, estoy agotada y mi madre llega a mediodía ¿no?

—Sí, pero ella me pidió expresamente que le consiguiera unos pases para

verlo.

—Vaya por Dios... entonces no me queda otra.

—Lo confirmo. Perfecto.

## 2

—Debe estar casado, porque tiene una hija, se lo pregunté anoche.

—¿Qué? —Chloe miró a su madre y ella se encogió de hombros—. No puedes preguntar esas cosas al guardaespaldas, mamá, es algo muy personal.

—He hablado mucho con él, para mí no es un mero guardaespaldas.

—Y no lo es, es un exmilitar muy bien entrenado y muy listo que gestiona la seguridad de mucha gente rica y famosa. Es un lujo tenerlo aquí, así que respeta su intimidad y no me lo espantes, por favor.

—Nadie va a salir corriendo porque intentes conocerlo mejor, estás paranoica.

—Paranoica o no, lo dejas en paz, trabaja para mí y no quiero incomodarlo.

—Crees que todo el mundo es como tú, una obsesa de la intimidad.

Chloe guardó silencio y la vio salir del salón con los ojos entornados, callándose un montón de argumentos contra esa afirmación que, en el fondo, le hacía mucho daño.

Su madre, que era maestra de escuela y una actriz frustrada, que a los cuatro años ya la llevaba a castings de todo tipo para convertirla en una estrella, no entendería jamás el calvario que suponía no poder ir a ningún sitio sin llamar la atención, no poder conocer a nadie que ya lo supiera todo sobre ti, no saber nunca si le interesabas a las personas por ser quién eras o por ser Chloe Miller, la actriz de cine. Desde fuera su vida parecía perfecta y maravillosa, llena de glamur y lujo, pero desde dentro no era tan sencilla, ni tan cómoda, y era muy doloroso que tu propia madre no fuera capaz de comprenderlo.

Respiró hondo y trató de concentrarse en el guion que le habían mandado. Afortunadamente, no salía desnuda ni enseñando carne en la película, pero su personaje lucía un traje de látex tan ceñido, que la responsable de vestuario le había dicho que tendría que llegar dos horas antes al set solo para poder calzárselo. Sumado a eso al tiempo de maquillaje, estaba claro que se pasaría los próximos tres meses levantándose al amanecer.

—Chloe... —oyó la voz de Ruth, la paseadora de Benji, y lo siguiente fue tener a su precioso Golder Retriever encima y lamiéndole la cara.

—¡Hola, mi amor!, ¿qué has hecho?, ¿qué tal el paseo?

—Ha estado muy bien y no se ha peleado con nadie, parece que las clases de Bobby están surtiendo efecto.

—Si es un chico muy bueno, el mejor perrito del mundo, solo es un poco travieso.

—Algunos perros del parque no lo llamarían precisamente travieso.

—Ni caso ¿verdad, cariño?

—Nos hemos encontrado con Daniel —soltó Ruth y se le sentó enfrente—. Estuvo todo el tiempo con nosotros.

—¡¿Qué?!

—Dice que a Benji lo quiso él primero y que tiene derecho a verlo, incluso quiso llevárselo, pero no lo dejé. Se puso furioso.

—¿Está loco? —se levantó buscando el móvil—. Gracias, Ruth, has hecho muy bien impidiendo que se lo llevara.

—Costó trabajo porque Benji estaba feliz con él.

—Serás traidor, Benji —le acarició la cabeza oyendo cómo su abogado contestaba a su llamada a la segunda señal—. Hola, Peter, siento las horas, pero mi ex ha abordado a la paseadora de mi perro en el parque y ha intentado llevárselo. Creí que habíamos dejado claro que Benji es mío.

—Chloe...

—Igual te parece una chorrada, pero para mí no lo es, y para Daniel tampoco, está deseando joderme la vida de algún modo y sabe que secuestrar a mi perro es el mejor camino.

—¿Secuestrar?, es una mascota.

—No tienes perro ¿verdad?

—Escucha, impusimos los términos del divorcio que tú quisiste, no entiendo a qué viene ahora este intento de llevarse a vuestro perro, pero no sé qué puedo hacer yo al respecto.

—Llamar a sus abogados y dejarles claro que cómo vuelva a intentar llevárselo sin mi consentimiento lo voy a denunciar.

—Bien.

—Si no puedes hacerlo, no importa, llamaré a otra persona.

—No, está bien, mañana hablaré con su bufete.

—Muchas gracias.

Colgó bastante desconcertada por la reacción de su abogado, que al parecer era incapaz de entender lo que significaba su “mascota” para ella, y miró a Ruth oyendo como sonaba el timbre de la puerta principal y como un pequeño revuelo ponía en alerta a Benji, que salía corriendo y ladrando como loco hacia la entrada.

—¡No oses tocarme, capullo, o te denuncio! —Daniel Cunningham en persona estaba increpando a su jefe de seguridad, que le impedía el paso a la casa con los brazos en alto y sin tocarlo. Chloe cuadró los hombros y se le acercó echando chispas por los ojos.

—¿Qué coño haces aquí?

—Tengo que hablar contigo. ¿Ahora tienes matones a sueldo? —espetó con su marcado acento londinense y Chloe se puso las manos en las caderas—. Cada día más loca, cariño.

—¡Fuera de mi casa! Te dije que no volvieras por aquí.

—Llevo seis meses sin volver por aquí y ahora necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Delante de toda esta gente? Hola, querida madre política —saludó con la mejor de sus sonrisas a su exsuegra en cuanto la vio asomarse al recibidor y ella le sacó el dedo corazón—. Perfecto, así de educadas sois las dos, unas verdaderas damas de Nebraska.

—¡Vete a la mierda, capullo inglés!

—¡Mamá! —Chloe se interpuso, agarró a Daniel del brazo y lo sacó al rellano de un tirón—. ¿Qué coño quieres, Daniel? ¿A qué vienes aquí ahora? y lo más importante ¿por qué intentaste secuestrar a mi perro en el parque?

—¿Tu perro?, yo te lo regalé.

—No es un coche, no puedes llevártelo.

—Lo echo de menos, estoy en Nueva York por unas semanas y quiero verlo.

—¿Y no podías pedir eso por teléfono como una persona civilizada?

—¿A qué teléfono si no me lo coges?

—Para eso están los abogados.

—¿Tengo que llamar a mi abogado para que llame a tu abogado para que me dejes ver a mi perro? ¿somos gilipollas?

—Mira...

—Nos burlábamos de tus amigos de Los Ángeles que hacían ese tipo de idioteces ¿qué te ha pasado?

—No confío en ti.

—No voy a llevarme a Benji a Londres, Chloe.

—Con tal de fastidiarme serías perfectamente capaz de hacerlo.

—¿Qué clase de imagen tienes de mí?

—La que te has ganado a pulso.

—Yo nunca te fui infiel, solo tuve una noche loca en Las Vegas...

—¿De Benji pasamos a Las Vegas?. No, gracias, ese tren ya pasó. Buenas noches.

—Para mí no pasó porque yo te sigo queriendo —se le acercó y se inclinó para hablarle pegado al oído—. Mientras subía en el ascensor, y ante la perspectiva de verte, me empalmé, Chloe. No sabes cuánto te deseo.

—Muy romántico, Benji, como se nota que has representado a Shakespeare unas cuantas veces.

—¿Cómo puedes burlarte de mis sentimientos?

—Me burlo de tu bragueta, no de tus sentimientos que, por otra parte, no existen. Venga, hasta otra y si quieres ver a Benji podemos acordar unos horarios. Llama a Ruth y ponte de acuerdo con ella.

—Estás buenísima —le dio un fuerte pellizco en el trasero, ella se giró y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡No me toques!

—¡Y tú no vuelvas a ponerme un dedo encima!

Caminó hacia ella hecho una furia, pero antes de poder alcanzarla, la presencia enorme y protectora de Kenan Yaman se materializó a su espalda. El escolta se puso en medio de los dos y miró a Daniel desde su altura y sin abrir la boca.

—¿Qué?!

—La señora le ha pedido que se marche, señor, así que, por favor... —llamó al ascensor y Daniel lo miró ceñudo—. Buenas noches.

—Iros todos a tomar por el culo —se despidió furioso, entró en el ascensor y utilizó su propia llave para ponerlo en marcha. Kenan esperó con paciencia a que se cerraran las puertas, respiró hondo y se giró para mirar a Chloe a los ojos.

—¿Está usted bien?

—Sí, gracias. No es peligroso, solo es un poco...

—¿Cómo es que tiene su propia llave del ascensor? —interrumpió con calma—  
Y ¿cómo ha podido pasar del vestíbulo?

—Los porteros lo conocen, vivió aquí cuatro años y lo de la llave, pues... no sé, no se me había ocurrido pedírsela.

—Le prohibiré la entrada, al menos hasta que usted disponga lo contrario, y pediremos un cambio de llaves.

—Los vecinos querrán matarme.

—Es una cuestión de seguridad.

—Claro, muchas gracias.

—De nada.

Le indicó la puerta, ella entró en la casa y caminó por el pasillo alfombrado hasta su dormitorio en silencio, con Benji pegado a las piernas y su madre mascullando todo tipo de improperios a su espalda.

### 3

—Esto no debió pasar, no debió pasar, no...

Se bajó de la cama buscando la ropa interior y Daniel la detuvo, la inmovilizó y la metió de nuevo en la cama sujetándola por el trasero, ronroneó en su cuello y se le puso encima sin ninguna delicadeza, le separó las piernas y la penetró con su contundencia habitual. Chloe se estremeció entera y soltó un quejido de placer flexionando las rodillas para intentar sentirlo más adentro. Mucho más.

Deslizó los dedos por su espalda y le mordió los hombros mientras él se movía y jadeaba y le mordía la boca con esa locura suya que siempre la había vuelto tarumba. Era un animal en la cama, uno bastante salvaje, y eso a ella le encantaba, la ponía a mil, pero cuando sintió que la colocaba boca abajo para tener sexo anal, se puso tensa y se apartó lo mejor que pudo.

—No.

—¿Cómo qué no?, sabes que...

—Es igual, eso lo dejas para tus ligues. No me siento cómoda.

—Chloe... —le inclinó para lamerle los glúteos y deslizó el dedo hasta la vagina con la intención de moverlo hasta el recto, pero ella se escurrió y se puso boca arriba muy seria—. Pequeña, no me seas mojjigata.

—Déjame en paz, ni siquiera debería estar aquí. Me largo.

—No, de eso nada.

Se le echó encima nuevamente y le succionó los pezones dejándola a su merced en un segundo. La agarró con propiedad por las caderas y la penetró a lo bestia, haciéndola gritar y arquear la espalda completamente fuera de sí. Lo siguiente fue un orgasmo monumental que la hizo sentirse de inmediato culpable.

—Tú y yo deberíamos hacer una peli porno o, mejor aún, deberíamos hacer una



buena escena de sexo en una peli europea. Pondríamos cachondo a todo el cine. Encima con este cuerpazo que tienes —le tocó los pechos con un dedo y se relamió, Chloe respiró hondo y dejó la cama de un salto.

—Esto no va a volver a pasar.

—No te engañes sola, Chloe, nadie te folla mejor que yo. Te morías por tenerme dentro.

—Me largo.

—Me echas de menos, me lo dijiste anoche un montón de veces.

—Estaba borracha, cosa de la que no me siento muy orgullosa, como tampoco me siento muy orgullosa de haberme venido a tu suite.

—Voy a pedir el desayuno, aunque a estas horas ya es un *brunch*.

Ignoró su comentario y se estiró para llamar al servicio de habitaciones. Chloe observó atenta ese cuerpazo tan sexy y lleno de tatuajes que tenía y se agachó para buscar su ropa interior. El vestido de noche se lo había destrozado en cuanto habían pisado la habitación, así que tendría que cogerle unos pantalones y una camiseta prestados para salir a la calle.

Evelyn, su estilista, pondría el grito en el cielo cuando supiera que el vestido de Chanel que le habían dejado para la alfombra roja había quedado hecho jirones por culpa de la poca paciencia de su ex, que no había tenido ningún reparo en desmontar la pieza de dos tirones. En realidad, el escotazo y la espalda al aire habían facilitado el destrozo, y ella tampoco había hecho nada por defender su ropa, así que asumiría todas las consecuencias.

Buscó un pantalón de deporte y una camiseta en la maleta sin deshacer de Daniel, se los puso recogiendo los restos del vestido y localizó sus joyas, que también eran prestadas y que debía devolver esa misma mañana. Es lo que pasaba en la entrega de los Oscar, que ibas con todo prestado por exigencias de los publicitas y los patrocinadores.

—Si te he dejado preñada quiero tener ese bebé.

—¡¿Qué?! —se giró para mirarlo a los ojos y él se levantó de la cama dejando a la vista su esplendorosa anatomía.

—No hemos usado protección y tú no tomas anticonceptivos, así que cuatro polvos en una noche nos pueden traer un regalito.

—Estás completamente loco. Adiós.

—Chloe, ven aquí...

Ella abrió la puerta de la suite y se encontró en el pasillo a uno de los escoltas que trabajaban para Kenan Yaman. Sin querer se sonrojó hasta las orejas y caminó hacia el ascensor muerta de la vergüenza. Se suponía que no quería saber nada de su ex, le había prohibido la entrada a todas sus casas, no dejaba que se le acercara en ningún acto público, ni que posara a su lado, si siquiera que llevara a su perro a pasear sin supervisión y ahora, en Los Ángeles, tras un encuentro fortuito en una fiesta y unas cuantas copas de más, acababa pasando una noche entera con él en la habitación de su hotel. Una verdadera vergüenza.

—Buenas tardes —la puerta del ascensor se abrió y el mismísimo Kenan Yaman apareció saludándola muy serio.

—Buenas —miró la hora y comprobó que era la una de la tarde.

—Tenemos que llevar las joyas a Harry Winston antes de las tres. Les dije que estaba indispuesta y que nos retrasaríamos, pero...

—Claro, claro, Kenan —se las pasó viendo que él llevaba los dos estuches correspondientes, y amagó una sonrisa—. Muchas gracias.

—Phil la llevará a su hotel, yo me ocuparé de esto.

—Mil gracias...

—¡Chloe! —interrumpió Daniel, apareciendo completamente desnudo en el pasillo, miró a Yaman con desprecio y luego fijó los ojos en ella—. Te recojo a las ocho y te llevo a cenar, luego podemos perdernos por ahí.

—No, muchas gracias, me vuelvo a Nueva York en seguida.

—Me voy contigo. Dame un beso.

—Hasta otra, Daniel —entró al ascensor con los dos escoltas y Kenan dio al botón de la recepción. Chloe suspiró y vio cómo Daniel se pegaba a la puerta del aparato tirándole un beso, miró al suelo y tragó saliva—. Espero que todo esto quede en la más estricta intimidad.

—Por supuesto.

—Porque si se entera la prensa seré la comidilla de medio planeta.

—Phil, lleva a la señora al Four Seasons y luego al aeropuerto —ordenó el escolta sin detenerse a responder a su comentario—. Su vuelo sale a las seis, yo me reuniré con vosotros allí.

Ella lo miró sin decir nada y lo siguió hasta el *hall* del hotel donde de repente, de la nada, aparecieron cuatro fotógrafos disparando sus cámaras y haciendo preguntas incómodas sobre Daniel Cunningham. Kenan se le puso a un lado y la protegió con su gran envergadura hasta que llegaron al coche que esperaba con las puertas abiertas.

—Cunningham ha colgado en Instagram una foto contigo Chloe, ¿quiere decir eso que hay reconciliación?

Fue lo último que oyó antes de salir disparados hacia el Four Seasons donde otra nube de fotógrafos la esperaba con las cámaras en alto para seguir con las preguntas y las insinuaciones sobre su ex.

## 4

—No es para mortificarse así, Chloe, muchas exparejas tienen reencuentros sexuales y no por eso dan pasos atrás...

—En mi caso sí es un paso atrás, me ha costado mucho desengancharme de Daniel, tú sabes la dependencia emocional y sexual que teníamos el uno por el otro y conseguir divorciarnos ha sido... un triunfo. Si no llegan a pillarlo con esa *stripper* en Las Vegas seguiría casada con él.

Se levantó y se sirvió un vaso de agua.

El despacho de su terapeuta, la prestigiosa siquiata Elma Pattinson, tenía unas vistas espectaculares hacia Manhattan, y se quedó un rato observando el paisaje en silencio, sin pensar en nada, hasta que respiró hondo y volvió a su sitio.

—Soy muy consciente de que teníamos una relación tóxica, no quiero volver a vivir así, separarme de él ha sido la mejor decisión que he tomado desde que lo conozco y acostarme con él... en fin, ha sido una estupidez como una casa.

—¿Sigues enamorada de Daniel?

—No.

—Bueno, entonces no hay de qué preocuparse.

—Me preocupa verlo y ser capaz, a la primera de cambio, de meterme en la cama con él. No sé cómo puedo ser tan idiota.

—Eres humana.

—Madre mía —se estiró y volvió a beber agua—. Qué gilipollas.

—No eres gilipollas. No hay que mortificarse, lo importante es tener claro que lo que ocurrió no te hizo feliz, ni te ha aportado nada, teniendo eso presente no volverá a pasar.

—Dios te oiga.

—Eres una mujer sensata y madura, Chloe, esto ha sido un desliz sin importancia, pasa página y a otra cosa.

—Tienes razón, voy a dejar de darle más vueltas.

—Perfecto. Háblame del trabajo.

—Todo bien, mucho trabajo, pero estoy contenta. Ahora me voy a París para rodar unas escenas en Versalles.

—¿Ahora mismo? —Chloe asintió—. Qué envidia me das.

—Voy a trabajar, así que no me envidies tanto.

—París es París —se puso de pie y le acercó un cuenco con bombones—. Son veganos, prueba uno.

—Gracias, Elma.

—¿Qué tal llevas lo de la seguridad?

—Bien, desde que tenemos un equipo de seguridad permanente vivo mejor y mucho más tranquila.

—Y con ese turco tan guapo al lado... —bromeó y Chloe frunció el ceño.

—¿Turco?, es americano

—Americano de origen turco, cariño, se llama Kenan Yaman. Entiendo de esas cosas, soy turca por parte de madre.

—¿En serio?

—Mi nombre, Elma, significa "amistosa" en turco. Tengo mucha familia en Ankara.

—Vaya, pues no tenía ni idea. La verdad es que apenas he cruzado con él dos o tres frases seguidas, solo hablamos de trabajo, es muy concienzudo ¿sabes?, muy profesional. Jamás le he hecho una pregunta personal y él a mí tampoco.

—Pues es turco y se le nota, es guapísimo y muy varonil.

—Guapo es, tengo a medio personal revolucionado, pero está casado y están todos amenazados de muerte si se atreven a ponerlo en un compromiso.

—Qué mala eres.

—Es una joya, muy caro, y muy exclusivo, pero de primer nivel, y no pienso perderlo por culpa de alguna loba, o de algún lobo, de los que trabajan

conmigo —sonrió mirando la hora—. En fin, corazón, tengo que irme, mi vuelo sale dentro de dos horas y ya sabes cómo está el tráfico.

Se despidió de Elma y salió a la sala dónde Kenan Yaman la estaba esperando de pie junto a una ventana. Le hizo una venia y le indicó el camino hacia el ascensor.

Por un momento tuvo el impulso de preguntarle por sus orígenes turcos y por el significado de su nombre, pero no se atrevió y esperó pegada a la pared a que el ascensor llegara al *parking*. Durante unos segundos observó su espalda ancha y lo bien que le quedaba la chaqueta y descubrió que llevaba el pelo recogido en una coleta *híster*. Increíble.

Desde luego nunca lo miraba con atención. Había tenido muchos guardaespaldas a lo largo de su vida, pero ninguno tan serio, y tan distante, así que desde un principio había optado por hablar lo justo con él. Se limitaban a tratar temas de agenda y de desplazamientos, algunos detalles de seguridad y poco más, eso impedía que lo mirara mucho rato a los ojos o cotillara su *look*. Eso impedía que lo recorriera con los ojos o se fijara en su pelo castaño claro recogido a la última moda.

Era un tipo discreto y reservado Kenan Yaman, ponía distancias con el mundo y ella lo entendía perfectamente. Cuando tenías esa estampa, esa altura y esa presencia física, llamabas la atención de la gente y muchos no dudaban en invadir tu espacio, ella lo sabía, así que no lo culpaba por andar siempre como un fantasma silencioso, cumpliendo con su trabajo a la perfección, pero sin dar demasiado margen de acercamiento a los demás.

A ella la miraba poco a los ojos, sin embargo, jamás la perdía de vista, y cuando estaban en público era igual que un muro sólido a su lado, nadie traspasaba sus barreras, respetaban su espacio vital y eso no tenía precio.

Por lo general se ocupaba personalmente de su seguridad y, aunque combinaba la responsabilidad con otros compañeros igual de profesionales, siempre pasaba por su casa a última hora de la tarde para ver qué tal había ido la jornada y para organizar las actividades del día siguiente.

En casi ocho meses había aprendido a confiar ciegamente en él.

—El señor Cunningham viaja en el mismo avión —le anunció de repente, acercándose a su asiento y ella sintió náuseas.

—Nos cambiamos de vuelo, no tienes porqué pasar por esto, Chloe —Laura se puso de pie empezando a perder los nervios y ella bufó mirando por la ventana.

—Laura, ocupa mi asiento, yo voy con la señora Miller —Kenan Yaman se sacó la chaqueta y clavó los ojos a la asistente, que agarró sus cosas y se puso dos asientos por detrás.

—¡Chloe Miller! —exclamó un segundo después Daniel Cunningham, deteniéndose junto a sus butacas—. Menuda sorpresa.

—Hola, Daniel.

—No me has llamado después de lo que pasó en Los Ángeles. Eres muy desconsiderada.

—No quiero hablar contigo.

—No digo para hablar, ya sé que conmigo prefieres hacer otras cosas.

—Déjame en paz ¿quieres?

—Cada día más agria, como todas las putas actrices.

—¿Perdone? —Kenan se puso de pie y lo miró desde su altura y a muy corta distancia. Chloe se fijó por primera vez en que le sacaba una cabeza y estiró la mano para sujetarlo por la camisa, pero él la ignoró con los ojos fijos sobre Daniel, que soltó una risa tonta y se apartó para mirar a su alrededor.

—¿Ahora te tiras a este armario de tres cuerpos?

—¡Dani! —la voz de una chica detuvo la escena y Daniel estiró el brazo para agarrarla por el cuello y pegarle un beso en los labios.

—Aquí estoy, muñequita, solo estaba saludando a mi ex.

—Oh, señorita Miller, soy una gran admiradora suya —comentó la chiquilla siguiendo a su novio hasta sus asientos. Ella bufó y cerró los ojos contando hasta diez.

—Lo siento —susurró Kenan Yaman volviendo a su sitio y mirándola de soslayo—. A partir de ahora intentaremos prever estas cosas.

—No podíamos saberlo, no pasa nada, y gracias.

—No he hecho nada.

—Sí que lo ha hecho, solo con estar aquí me ha evitado tener que pedir ayuda a la tripulación. Daniel es inofensivo, pero puede llegar a ser muy pesado.

—Basta con ser tajante.

—Eso intento.

—Claro. El cinturón —le indicó con la cabeza que se abrochara el cinturón de seguridad y ella obedeció sintiendo como el aparato empezaba a moverse.

—¿Podríamos tutearnos?. No suelo tratar de usted a nadie que trabaje conmigo.

—No trabajo con usted, trabajo para usted.

—¿O sea que no?

—Dejemos las cosas como están ¿le parece?

Chloe asintió completamente perpleja y, sin saber qué responder a eso, se movió incómoda en el asiento, pegó la cara a la ventanilla y vio el despegue con una desazón enorme subiéndole por todo el cuerpo.

Agarró su Ipad, se puso música, cogió el guion y se concentró en estudiar sin volver a abrir la boca.



## 5

—Deberías quedarte con algún modelito de la nueva temporada, es un regalo, Chloe, no entiendo...

—No necesito más ropa.

—Ya, pero es una gentileza de Jean Paul Gaultier en persona, deberías...

—No voy a aceptar algo que no me convence y que encima se quedará en el vestidor meses y meses. Mejor que se lo regale a alguien que lo vaya a lucir más.

Miró a Laura, que aún se emocionaba con los regalos de los diseñadores, y salió del Museo del Louvre poniéndose las gafas de sol. Una guía oficial los había acompañado en una visita semi privada y había disfrutado muchísimo de la experiencia. Le encantaba el arte, había estudiado historia del arte en la universidad de Nueva York y, aunque nunca tenía el tiempo suficiente para disfrutar de sus pasiones pictóricas, se consideraba una pequeña experta, una apasionada y concienzuda coleccionista, y esa mañana en el Louvre había sido la mejor mañana de toda su corta estancia en París.

Llegó al coche que los esperaba para llevarlos a comer y se detuvo buscando a Kenan Yaman con los ojos. Él, impecablemente vestido y con las gafas de sol puestas, se detuvo para prestarle atención.

—Me gustaría ir andando al restaurante.

—Es un buen trecho.

—Unos veinte minutos y hace un día estupendo para caminar.

—Hacen cuatro grados, Chloe —Se quejó Laura y ella la miró.

—No tienes que venir conmigo, de hecho, me vendrá bien pasear sola. Os veo a todos en el restaurante.

Observó cómo su asistente se subía al vehículo con el segundo guardaespaldas y cómo Kenan, sin abrir la boca, se disponía a seguirla por las calles de París.

En un principio quiso pedirle que la dejara sola de verdad, pero prefirió callarse y caminar imaginando que era una turista americana y solitaria disfrutando de sus vacaciones por la Ciudad de la Luz.

Llevaban una semana en Francia y no había vuelto a intentar acercarse a él. Su negativa al tuteo y esa respuesta tan franca en el avión le había dolido de verdad. Ella estaba acostumbrada a que todo el mundo, en todas partes, quisiera ser su amigo, o al menos ser alguien de su confianza, y que ese individuo, que cuidaba las veinticuatro horas del día de su seguridad, entraba y salía de su casa y conocía todos los detalles de su intimidad, la hubiera apartado de ese modo, la tenía aún perpleja.

En París, por descontado, se había limitado a vigilarla con su profesionalidad habitual. El rodaje al aire libre en Versalles les había traído algún que otro contratiempo con los fans y la prensa, pero él lo había resuelto a las mil maravillas y sin rechistar.

Era el mejor en su trabajo, pero no compartían nada más y empezaba a sentirse incómoda. Ella solía ser una persona solitaria, porque a pesar de estar siempre rodeada de gente, estaba bastante sola y, si encima los que tenían al lado ponían barreras invisibles para no intimar contigo, acababas sintiéndote aún más huérfana y aquella sensación no le gustaba en absoluto, así pues, caminando dos pasos por delante de él por las frías calles parisinas, empezó a calibrar seriamente la posibilidad de prescindir de sus servicios y buscarse otro equipo de seguridad. Total, seguro que tenía miles de ofertas de trabajo.

—No puedo comer así —Pegó la espalda al respaldo de la silla y miró hacia la mesa donde Kenan y Phil, los dos escoltas, esperaban sentados sin comer ni beber, a que ella terminara con su almuerzo. Bufó y miró a Laura a los ojos—. Diles, por favor, que vengan, se sienten y coman con nosotros. Esto es absurdo

—Son unos profesionales —susurró a su lado James, su jefe de prensa, moviendo la cabeza—. Déjalos en paz.

—Es ridículo que estemos comiendo a un metro de distancia y ellos se comporten como los guardias de corps de la reina. Es muy incómodo.

—Deberías estar acostumbrada.

—Nunca había tenido unos escoltas así de estrictos, en serio... y te aseguro que es cosa del señor Yaman, al que al parecer no le gusta nada mezclarse con

gente como yo.

—¿Gente como tú? ¿Estás loca?, si todo el mundo mataría por mezclarse con gente como tú.

—Ya, ya... ¿Qué pasa? —observó a Laura, que venía con cara de circunstancia, y la animó a hablar.

—Dice que no, muchas gracias. Están de servicio.

—¡¿Qué?! Están a mí servicio y los invito a sumarse al almuerzo ¿Este tío de que va?

—Chloe...

Laura intentó detenerla, pero ella, con un cabreo insólito subiéndole por el pecho, se levantó y caminó hacia la mesa viendo como los dos se ponían de pie muy educados. Ignoró a Phil y se dirigió directamente a Kenan Yaman.

—¿Tampoco pueden comer con nosotros?

—Estamos de servicio y...

—Y no somos autómatas. Este restaurante es de un buen amigo mío, es seguro y discreto, no veo ningún peligro en que se sumen a mi mesa y podamos disfrutar todos juntos de una comida como personas normales. ¿Qué coño le pasa?

—Estamos trabajando y, con o sin su consentimiento, cumpliremos con nuestro deber de velar siempre y en todo momento por su seguridad.

—La madre que lo parió... —bufó completamente impotente, sosteniendo la mirada penetrante y firme de ese hombre, hasta que no pudo más, giró sobre sus talones, volvió a la mesa, agarró su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—¡Chloe! ¿adónde vas?, no has comido nada —gritaron Laura y James, pero ella los ignoró saliendo a la calle con muy malas pulgas— ¡Chloe!

—Se me ha quitado el hambre.

Contestó dejándolos plantados y llamando un taxi con la mano. El vehículo se detuvo, ella saltó dentro y antes de que Kenan Yaman pudiera tocar la puerta, se la cerró en la cara pidiendo al taxista que acelerara hacia su hotel.

No se volvió para ver la cara de enfado del escolta, pero se la imaginó y sonrió pensando en que así aprendería alguna cosa sobre ella. Que sería joven, rica y famosa, pero no era estúpida, ni superficial, ni una inútil, y mucho

menos una diva a la que tuviera que tratar con esa condescendencia insoportable.

## 6

—Aquí está la rescisión del contrato, las llaves, todos los dispositivos digitales, los informes correspondientes y cualquier material sensible sobre su...

—¿Cómo dice?

Levantó los ojos del texto y se sacó las gafas para mirar a Kenan Yaman de frente. Él, vestido de sport, había entrado sin llamar en su despacho y había interrumpido sin mediar palabra la lectura de guion que estaba haciendo con una *script* de la productora, así que frunció el ceño y él hizo lo mismo sin moverse.

—Estoy trabajando, deme una hora y lo hablamos.

—Dentro de una hora no estaré aquí.

—¿Y para qué quiero yo todo eso?

—Mi empresa rescinde cualquier actividad contractual con usted, señora Miller, solo vengo a despedirme.

—¿Qué?! —movió la cabeza y miró a su compañera con cara de pregunta.

—Ya me ha oído. En cuanto salgamos de aquí un nuevo equipo de seguridad tomará el relevo. Buenas tardes.

—Eh, eh, eh... un momento —se puso de pie y levantó una mano—. Tracy, por favor, ¿puedes darme un minuto? Ahora continuamos.

—Claro —ella salió y Chloe caminó hacia Kenan Yaman con las manos en las caderas.

—¿Está rescindiendo el contrato? ¿por qué?

—Son motivaciones profesionales, no es nada personal. En el informe lo tiene todo —Tiró la carpetita en la mesa e hizo amago de marcharse otra vez.

—No quiero leer un triste informe, sea valiente y dígamelo a la cara, Kenan. Ya

tengo claro que usted no me soporta, pero al menos me merezco saber porqué una empresa a la que pago una fortuna rescinde un contrato sin previo aviso y sin siquiera negociarlo conmigo. ¿Qué coño ha pasado?

—En ocho meses hemos conseguido un desarrollo profesional satisfactorio, a pesar de la dificultad que tiene usted para asimilar un servicio de escoltas permanente, sin embargo, lo que ocurrió en París fue muy grave...

—¿París?, ¿qué pasó en París que fue tan grave?

—Subió a un taxi sola e impidió que hiciera mi trabajo. Si llega a pasarle algo, si llega a sufrir algún percance, toda la responsabilidad hubiese recaído sobre mí y...

—No tengo cinco años.

—No, pero me pagan por procurar su seguridad de forma permanente y si usted no colabora, no puedo garantizarla, por lo tanto, rescindimos el contrato.

—Madre mía —soltó una risa involuntaria y él giró hacia la puerta—. Soy una persona, señor Yaman, una mujer adulta de veintiocho años que, de vez en cuando, necesita hacer su vida y subirse a un taxi sola.

—Perfecto, ajuste esos detalles con su nueva empresa de seguridad y todos en paz. Que tenga un buen día.

—¿Ya está? ¿y quienes son los de esa empresa de seguridad?

—La hemos buscado nosotros y la ha aprobado su agente y su abogado, se trata de una empresa de élite. Seguro que estará muy a gusto con ellos.

—Y seguro que usted estará muy a gusto con sus nuevos clientes.

—¿Perdone?

—Nada. Muchas gracias por sus servicios y que tenga un buen día.

—Mire, señora Miller —volvió sobre sus pasos y se le acercó para mirarla desde su más de metro noventa de estatura. Ella cuadró los hombros y le sostuvo la mirada—. Esto no es nada personal, yo solo me limito a hacer mi trabajo, algo que usted, desde un principio, no ha comprendido en su magnitud. Yo no soy su amigo, ni su colega, ni su compañero, ni su asistente; era su escolta. Un escolta con la tremenda responsabilidad de cuidar de su integridad física, todo lo demás me es indiferente, lo que no quiere decir que no la “soporte” o me caiga mal o no me guste su compañía. Simplemente estaba aquí

para protegerla y cuidar de usted y de su entorno, no para confraternizar, tomar copas o compartir comidas que podían distraerme de mi tarea. ¿Está claro?

—Clarísimo —dio un paso atrás y tragó saliva—, pero usted debería entender que las personas más cercanas que tengo, mi verdadero entorno, son precisamente las personas que trabajan para mí, por lo tanto, soy incapaz de separar los roles y actuar como si usted fuera un ente inanimado que camina a mi lado, o dos pasos por detrás, solamente para en caso de peligro reaccionar y protegerme.

—Eso es exactamente lo que soy y usted, con sus años de experiencia en este mundo, debería saberlo.

—Disculpe si la fama y el éxito no han conseguido deshumanizarme hasta ese punto.

—Mire, no voy a discutir con usted.

—Por supuesto.

—Adiós, señora Miller.

—Adiós, señor Yaman.

Observó como salía por la puerta sin una sonrisa o una muestra de humanidad, tras ocho meses compartiendo tiempo, viajes y compañía, y se acercó a la ventana para mirar el paisaje de Manhattan bajo sus pies. Llovía y la ciudad estaba preciosa a esas horas de la tarde, pero ella sintió que se le caía el alma a los pies, retrocedió y cogió un paquete de pañuelos de papel, sacó uno y se echó a llorar.

# 7

—Lo que te cabrea es que no te baile el agua, como todo el mundo.

—Lo que me cabrea es trabajar con gente que me trate como si fuera idiota.

Se miró en el espejo y sonrió a Evelyn, su estilista, dando el visto bueno, se acercó al espejo y se quitó un poco de carmín con una toallita antes de seguir hablando con su hermana Brittany que, como siempre, tenía opinión para todo, especialmente si podía ir en su contra.

—Desde que naciste estás acostumbrada a que el universo de adore, Chloe, para una vez que alguien no es amable contigo deberías estar agradecida, así puedes probar lo que significa ser un mortal corriente y moliente.

—Eso es muy injusto, además de ser falso. No sé ni para qué me molesto en contarte mis cosas.

—Porque soy tu conexión a tierra, hermanita, también deberías estar agradecida de tenerme. Ese exjefe de seguridad tuyo y yo, somos las únicas personas que te tratamos con normalidad.

—Bueno, es igual, ya pasó...

—No pasó, porque te duele que fuera tan tajante y brusco contigo, oh diosa de Hollywood... ¿No te lo habrás tirado?

—Te he dicho que ni siquiera me dejaba tutearlo, que no me dirigía la palabra ¿cómo me iba a acostar con él? Es inútil hablar contigo, Britt, hasta otra.

—Espera, mamá dice que vas a salir con ese tío tan bueno de Juego de Tronos.

—Sí ¿qué pasa?

—No irás a caer otra vez con un inglés.

—Es escocés y no, solo iremos a cenar y, de hecho, estará a punto de llegar, así que... ¿necesitas algo más?

—Necesito saber si me vas a apoyar en la agencia inmobiliaria. Tengo una



semana para aportar los avales o me quedaré sin casa.

—Vale —cerró los ojos mirando la hora—. Papá no quiere que te avale porque dice que esa casa no te la puedes permitir y que la acabaré pagando yo.

—Papá es un egoísta y tú estás forrada, no veo cual es el problema.

—El problema es que, por una vez, tal vez, deberías ser un poco más amable.

—Si tengo que besarte los pies, vete a la mierda, Chloe. Una amiga trabaja en la NBC de Lincoln y estará encantada de hacerme una entrevista hablando de ti. Me han ofrecido mucha pasta y me encantará contar tus miserias en horario de máxima audiencia, incluso puedo invitar a mi excuñado Daniel a sumarse a la fiesta.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —soltó con sorna—. Avísame cuándo salgas en la tele de Nebraska y te veré encantada.

—¡Vete a tomar por el culo!

Le chilló desde su casa de Lincoln, la capital de Nebraska, y Chloe soltó el teléfono con un escalofrío por todo el cuerpo. Era increíble el odio pertinaz que su hermana le profesaba y que iba en aumento según pasaban los años. Era increíble que Brittany, la segunda de las tres hermanas Miller, a la que le habían dado todo gracias a que su hermana pequeña ganaba mucho dinero desde los catorce años, no consiguiera centrarse en su vida y siguiera odiando al mundo entero, porque no solo la odiaba a ella, también odiaba a su hermana mayor, a sus padres y a todas sus antiguas compañeras de universidad.

Brittany era una mujer de treinta años, guapa y con muchas habilidades profesionales, sin embargo, ni trabajaba, ni amaba, ni crecía, ni maduraba, y cargaba a toda su familia con sus problemas sin tener jamás una palabra amable para ellos. Un verdadero desastre.

Su padre era de la opinión de que tenían que dejarla sola, de que no la ayudaban nada resolviendo sus historias mientras ella se comportaba como una insufrible niña mimada, pero a Chloe siempre le había dado lástima, y no es que la quisiera con locura, de eso nada porque siempre era muy cruel con ella, simplemente es que le daba pena y, de vez en cuando, procuraba tenderle una mano, aunque la mayoría de las veces se llevara una bofetada a cambio.

Como siempre le decía Penny, su hermana mayor, esa era la falta de afecto que se había asentado en su vida y que la empujaba a buscar la complicidad y el

amor en todo el mundo, incluso en su insoportable y envidiosa hermanita Britt.

—Laura, necesito un favor, pero ya para mañana —llamó a su asistente y miró a su nuevo guardaespaldas, Paul, que la estaba esperando con el telefonillo en la mano—. Habla con Frank, el contable, y pídele que avale a mi hermana Brittany para la compra de su casa. Que ella se ocupe de los detalles y haga algo.

—¿Al final le vas a comprar la casa?, porque ya sabes que ella no puede pagarla.

—Lo sé, pero es igual, en principio la avalaremos y ya iré viendo, y si no cumple, pues tendré una casa en las afueras de Lincoln.

—Vaya por Dios —bufó Laura— ¿Ya ha llegado Richard?

—Creo que sí, espera ¿qué pasa, Paul?

—Te esperan abajo ¿le digo que suba?

—No, gracias, ya bajo yo, que me espere en el vestíbulo, gracias. Chao, Laura, nos vemos mañana.

—Uy, ya me contarás.

—Ya, ya —salió al rellano y miró a Paul a los ojos mientras él metía la llave en el ascensor—. Voy sola, no quiero asustar a mi amigo apareciendo con escolta ¿ok?

—Lo que tú mandes —dejó que entrara y pulsó el botón de la planta baja—. Me quedo de guardia, si necesitas que te recoja, o lo que sea, me llamas.

—Muchas gracias, buenas noches.

—Buenas noches.

Las puertas metálicas se cerraron y pensó un segundo en Richard, su amigo escocés, un actor muy de moda que la había invitado a salir cuatro veces y con el que todavía no se había acostado. Para ser actriz y vivir en el peculiar mundo del arte era bastante rara con el tema de las relaciones íntimas, y no es que fuera una mojigata, es que ella necesitaba sentir algo más para llevarse a alguien a la cama.

—Vaya... —el ascensor se detuvo en seguida y se sorprendió, porque se trataba de la primera planta de su dúplex, es decir, se detenía en su misma casa, y

aquello le pareció muy raro. Las puertas se abrieron y la figura enorme y espectacular de Kenan Yaman se le hizo visible de inmediato.

—Buenas noches —él frunció el ceño y dio un paso atrás, pero ella le hizo un gesto para que entrara—. No sabía que bajaba.

—Salí directamente desde arriba ¿qué hace usted aquí?

—Tenía que tratar unos temas con su nuevo equipo de seguridad.

—Ah, genial —bajó la cabeza y él pulsó el botón del vestíbulo— ¿Hay algún problema?

—No, son ajustes rutinarios con el nuevo sistema de alarmas.

—Ok.

—¿Sale sin escolta?

—¿Cómo dice?

Lo miró entornando los ojos y de repente el ascensor se paró, los dos dieron un pequeño salto y ella se agarró a la barra de sujeción que tenía al lado. Kenan Yaman hizo amago de tocar el panel de control a la par que se quedaban completamente a oscuras.

—Es un corte de electricidad —susurró, encendiendo la linterna del móvil

—Ya lo veo —ella retrocedió y se pegó a la pared sintiendo cómo se le empezaba a contraer el pecho.

—¡Chloe, Chloe! Dime algo —oyó la voz de Paul desde el descansillo y se acercó a la puerta.

—Estoy aquí dentro, pero estoy bien, no te preocupes.

—Tranquila —gritó—. Ya te tengo, te has quedado en la planta veintiséis.

—No estoy sola, el señor Yaman está conmigo.

—... —se hizo un silencio—. Me alegro. Intentaré abrir las puertas, te sacaremos de ahí.

—¡No! —intervino Kenan—. Estos ascensores inteligentes son imprevisibles, si vuelve la luz de repente nos puede pillar en mitad de la evacuación y... vamos a esperar.

—Puedo abrir para ver si estáis entre dos plantas o...

—Estamos entreplantas, eso seguro y forzar el sistema en medio de un apagón no me parece lo más inteligente.

—Ok, pero...

—No —dijo Chloe—. Déjalo, él tiene razón, una vez en Singapur pasó algo similar y al final fue una tragedia de la que nos libramos de milagro. Esperaré, estoy bien, vuelve a casa.

—Estaré cerca por si necesitas algo.

—Vale, gracias —volvió al fondo y miró a Kenan encogiéndose de hombros.

—Será solo un segundo —dio al timbre de alarma que conectaba con el vestíbulo y no obtuvieron respuesta, así que tras unos segundos interminables agarró el móvil e hizo una llamada—. Hola, estoy en el edificio de la señora Chloe Miller, en Tribeca, ha habido un corte de electricidad, se ha parado el ascensor, estamos en la planta veintiséis y no responden al timbre de... ¿qué?... ok, ok.

—¿Qué ocurre?

—En mi oficina, en el Lower East Side, también están a oscuras. Tal vez sea un apagón general.

—Vaya por Dios.

—Bienvenidos a Nueva York.

Se permitió bromear y Chloe movió la cabeza, parpadeó e intentó verlo, pero no conseguía acostumbrarse a la oscuridad y optó por cerrar los ojos y rezar. No solía tener claustrofobia, pero estar en la planta veintiséis de un edificio, encerrada a oscuras en un ascensor, en medio de un apagón neoyorkino, no la tranquilizaba en absoluto.

—Tranquila, seguro que pasa en seguida.

—El de 1977 duró un día entero, el de 1999 diecinueve horas, el del 2003 seis...

—Ya veo que está muy bien informada.

—Madre mía —agarró su móvil y marcó el número de Richard Madden—. Hola, Rick, lo siento, estoy atrapada en el ascensor, no sé cuánto puede tardar esto, así que...

—Tampoco será mucho, te espero aquí abajo, es interesante ver todo esto a oscuras.

—¿O sea que las calles también están a oscuras?

—Como una boca de lobo.

—Vaya por Dios. Lo siento mucho.

—Es divertido, estoy viendo un clásico apagón de Nueva York.

—Vale, pues paciencia.

—¿Estás sola?

—No, estoy con un antiguo escolta.

—¿En serio? Si quieres sigamos hablando.

—Mejor que no, no tengo mucha batería y prefiero reservarla por cualquier cosa.

—Tú mandas, yo te esperó aquí abajo con el conserje.

—Hasta ahora —bufó y observó como Kenan mandaba mensajes y revisaba Internet— ¿Tiene batería?

—El 55%.

Respondió sin mirarla. Ella se cruzó de brazos y guardó silencio. Ya bastante estresante era quedarse encerrada en un ascensor a esa altura, como para encima tener que soportar el trago con un señor que acababa de dejar de trabajar para ella, que no la tragaba y que, seguramente, no se molestaría en hablarle. Miró su propio móvil y vio que la cobertura estaba bajando muy rápido, otra consecuencia, pensó, del apagón, si estaba siendo masivo en Manhattan o en todo Nueva York.

El de agosto del año 2003 había afectado a todas las capitales del noroeste de los Estados Unidos y del este de Canadá, casi cincuenta millones de personas que se habían quedado sin luz durante seis horas. Por aquel entonces ella tenía trece años y estaba en Nebraska, pero lo recordaba perfectamente.

—Me han dicho que las amenazas se han multiplicado —susurró de pronto él mirándola de reojo y ella asintió—. Los radicales adeptos a Trump son peligrosos, espero que haya avisado a las autoridades.

—Se avisa inmediatamente, las amenazas hablan de todo tipo de torturas sexuales antes de quemarme viva, así que no las dejamos pasar. El FBI se ocupa de mi caso.

—Lo sé... y ¿no ha pensado en dejar de meterse con Trump?

—Antes muerta. No he conseguido algo de reconocimiento público para ahora no aprovecharlo en visibilizar y denunciar los horrores que está cometiendo esta administración.

—Y encima es amiga de los Obama.

—Tengo ese honor —miró la hora y comprobó que ya habían pasado quince minutos, se miró así misma, se subió un poco el vestido y se sentó en el suelo—. Vaya mala suerte. ¿Lo esperan en algún sitio?

—Sí, pero ya he avisado. Es fuerza mayor —respiró hondo y la imitó sentándose junto a la puerta—. Creo que tiene una cobertura de seguridad muy sólida, pero no debería dejar de tener cuidado.

—¿Me va a dar la noche hablando de eso?

—Ok —sintió que soltaba una risa grave y muy bonita y lo buscó con los ojos. Llevaba botas, unos vaqueros desteñidos, una camiseta blanca, una chaqueta de punto beige, un par de collares étnicos y también unas pulseras de colores junto al reloj.

—Mi terapeuta cree que usted es de origen turco.

—Y tiene razón. Mis abuelos maternos llegaron de Turquía después de la segunda guerra mundial y mi padre emigró desde Estambul en los sesenta.

—¿Y su nombre tiene algún significado?

—¿Kenan? Procede del hebreo Cainan, que significa nube.

—Es muy bonito.

—¿Sabe lo que significa Chloe? —Ella negó con la cabeza. Estaban completamente a oscuras, pero ya se había acostumbrado a la penumbra y podía distinguir muy bien su cara perfecta de dios turco—. Deriva del nombre griego Khloe, que significa brote verde. En la mitología griega Chloe, también conocida como Deméter, es la diosa de la agricultura.

—¿En serio?, nunca me había molestado en buscarlo ¿Cómo es que sabe esas

cosas?

—Investigo a fondo a mis clientes —sonrió y miró el móvil—. Me he quedado sin cobertura, la cosa debe ser más seria de lo que creía.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en seguridad privada?

—Diez años.

—¿Y le gusta?

—Bueno... no está mal.

—Ya, pero ¿la empresa es suya?

—Mía y de dos socios que estuvieron conmigo en las fuerzas armadas.

—¿En qué división?

—Marines.

—Vaya ¿entró en combate?

—Estuve en Irak, en Afganistán y en otros lugares de los que no puedo hablar.

—Nunca me cuente algo de lo que no puede hablar... ahora no podré dormir hasta que me lo suelte todo —sonrió y estiró las piernas.

—Sí se lo contara tendría que matarla —bromeó y ella se echó a reír.

—Muy gracioso.

—¿Tenía una cita?

—Sí, el pobre me espera abajo.

—¿No será Daniel Cunningham?

—No, es un compañero de trabajo. Rodamos juntos el año pasado.

—Me alegro por usted.

—Daniel parece un capullo integral, pero cuando lo conocí, hace casi seis años, era un cielo, un chico estupendo educado en Eton y en la London Academy of Music and Dramatic Art. Tenía mucho talento, pero, lamentablemente, su carrera no acabó de despegar y eso ha afectado a su carácter. Siento que lo haya conocido en su peor momento.

—Me es indiferente Daniel Cunningham, me da igual que sea un capullo integral, aunque no me gustaba nada cómo se dirigía a usted.

—Bueno, el típico niño pijo que disfruta siendo grosero y diciendo palabrotas, a veces es insoportable, pero no es mala persona.

—Se casaron muy jóvenes.

—Yo tenía veinticuatro y el treinta. Afortunadamente no tuvimos hijos. Mi madre me contó que usted tiene hijos.

—Una niña de ocho años.

—Hala, qué bien, ¿cómo se llama?

—Inci, significa Perla —se apresuró a explicar antes de que ella abriera la boca—. Y es una gran fan suya.

—¿En serio?, vaya honor, me encantaría conocerla ¿Vive en Nueva York?

—En Brooklyn.

—Podría presentarnos.

—¿Y cómo es que se dedicó desde tan joven a la actuación? —cambió de tercio y Chloe asintió.

—Me gustaba desde pequeña, estaba en grupos de teatro, de danza, hacía ballet desde los cinco años y tenía una madre con sueños de actriz. Empezó a llevarme a castings para publicidad y de repente, a los trece, me ficharon para una serie en Los Ángeles. Lo demás ya es historia.

—Una gran historia.

—Muchas gracias.

—Es verdad.

—Bueno, me gusta mucho mi trabajo y soy perseverante y responsable, eso ayuda, aunque también he tenido crisis y he pensado en dejarlo ¿sabe? A los dieciocho lo aparqué todo, me vine a Nueva York y me metí en la universidad. Estudie Historia del arte y teatro, estuve tres años intentando ser una chica normal, pero al final me ofrecieron una serie de la BBC en Londres, me gradué y me fui a Inglaterra. Allí seguí estudiando arte dramático y conocí a Daniel.

—Lo cuenta como si hubiese sido muy fácil.

—Tampoco vamos a dramatizar... he tenido mucha suerte.

—La suerte sin talento no sirve para nada.



—Es usted muy amable, quién lo iba a imaginar.

—Madre mía —sonrió y ella siguió el gesto completamente embobada. Era guapísimo, y cuando estaba relajado y sonriente, podía iluminar el mundo entero—. Yo tengo un primo actor, uno muy famoso en Turquía, bueno, uno ya muy famoso en el mundo entero porque se ha convertido en estrella de culebrones.

—¿En serio?, ¿cómo se llama?

—Un momento —miró el teléfono y leyó un mensaje—. Parece que vuelve la cobertura, el mensaje es de hace una hora, al parecer toda la isla está a oscuras.

—¿Una hora? ¿cuánto llevamos aquí? —miró el reloj—. Casi dos horas. Mis padres deben estar muy preocupados, no se me ocurrió mandar un mensaje para avisar que estaba aquí con usted.

—Le escribiré a su madre, igual con algo de suerte...

—Señor Yaman... —animada por el ritmo que estaba tomando la conversación, esperó a que acabara de escribir y buscó sus ojos— ¿Me haría un favor?

—Claro.

—¿Podríamos tutearnos?. Me es muy, muy incómodo andar con estas formalidades, y como ya no trabaja conmigo... o para mí —corrigió y él sonrió—, creo que podríamos saltarnos las buenas maneras y empezar a tratarnos como la gente normal.

—Le dije que no era nada personal.

—Vale, ahora estamos en otro nivel y podríamos tratarnos de tú y por nuestros nombres ¿Qué te parece, Kenan?

—Me parece perfecto.

—Muchas gracias.

—Tienes razón, eres muy perseverante.

—Ya te digo, ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco.

—Fuiste un padre muy joven.

—No, ya había vivido suficiente.

—Yo quiero tener hijos, tres o cuatro, me gustan mucho los niños, pero aún no encuentro al padre adecuado.

—Seguro que hay una larga lista de hombres que matarían por ser los adecuados.

—¿Tú crees? —de pronto le salió la vena coqueta y se arregló el pelo detrás de la oreja—. Ojalá fuera más sencillo acceder a esa lista y quedarme con uno.

—Ligas sin mover un dedo, no te quejes, Chloe.

—Pero ¿liga Chloe, la chica de Nebraska a la que le gustan los niños, los perros y el arte o... la Chloe de las películas y las portadas de revista?

—Todos los famosos tenéis la misma paranoia, deberíais hacer un grupo de WhatsApp —se echó a reír a carcajadas y Chloe con él—. Tendrías que relajarte y dejarte llevar.

—Sobre todo ahora que no te tengo a ti pegado a mis talones y espantándome al personal.

—Pues no me hace ninguna gracia la relajación que has impuesto en una semana a tu equipo de seguridad. No es una buena idea. Debes tener cuidado, todo el mundo parece verlo menos tú.

—Lo sé, pero es que me agobia ir a todas partes con dos escoltas que incluso me esperan en la puerta de los lavabos ¿Sabes lo humillante que es eso?

—Ok... de acuerdo... puede ser, pero es necesario.

—Quiero hacer un curso de defensa personal.

—Genial, pero no creo que puedas defenderte sola.

—¿Te apuestas algo? Podría machacarte en un pis pas, soy cinturón marrón de karate ¿sabes, listillo?

—¿Cinturón marrón?, qué miedo.

—¿Tú qué eres?, vamos, no seas modesto, habla.

—Quinto Dan en Karate, cinturón negro de Kick Boxing y también boxeo ¿Por qué crees que pagabas una fortuna por mis servicios? —bromeó guiñándole un ojo.

—Mmm... podrías entrenarme tú.

—No tengo tiempo para eso, pero podemos buscar un buen entrenador.

—¿Lo harías por mí?

—Por supuesto.

—Muchas gracias.

—De nada...

De repente un pequeño ruidito y se encendieron las luces de emergencia, los dos se pusieron de pie de un salto y el aparato dio un pequeño salto antes de ponerse en marcha muy despacio. Kenan la señaló y le indicó que se quedara pegada a la pared.

—No me gusta ese ruido, siéntate en el suelo y si pasa algo esconde la cabeza entre las piernas.

—¿Qué puede pasar?

—¡Ahora!

Le ordenó y ella obedeció viendo como se encendían todas las luces y el ascensor volvía a saltar y a ponerse en marcha más rápido, cada vez más rápido, tanto, que él también se sentó en el suelo mirando el panel donde los pisos pasaban vertiginosos ante sus ojos.

Chloe no lo dudó y se le acercó gateando, él la miró, estiró la mano y la abrazó contra su pecho. De pronto estaba asustada y feliz a la vez, porque estaba claro que iban en caída libre y aquello era horrible, pero morir entre sus brazos y sobre su pecho, que olía deliciosamente, le pareció la mejor de las opciones.

—¡Joder! —exclamó con los ojos cerrados, y aferrada a ese cuerpazo, cuando al fin el ascensor se paró en seco.

—Vamos, arriba.

La cogió del brazo y la puso de pie a la par que las puertas metálicas se abrían. En seguida se dieron cuenta de que no estaban en el vestíbulo, pero no les importó, él la agarró de la mano y la sacó al rellano respirando hondo. Habían pasado un susto tremendo, pero se alegraba de haberlo pasado con él, que era seguro y fuerte, y tan sereno.

—Octava planta, si sigue cayendo igual no lo contamos.

—Gracias a Dios funcionaron los frenos de emergencia —susurró indicándole las escaleras— ¿Subes o bajas?

—Bajo a ver qué tal está mi cita.

—Han pasado más de tres horas, debe estar dormido —bromeó y ella se quedó enganchada en sus preciosos ojos marrones, sin capacidad para andar o reaccionar, aunque no hizo falta porque de la nada apareció Paul.

—¡Coño! Creí que no parabais. El ruido era alucinante —se le acercó y la miró de arriba abajo— ¿Estás bien?

—Perfectamente, gracias. Voy a ver si Richard...

—Se ha ido hace una hora, tenía un vuelo a Inglaterra a las seis de la mañana. Subió al dúplex a pie solo para disculparse.

—Qué majo, en fin, pues...

—Siento que se te haya chafado la noche del sábado —murmuró Kenan Yaman haciendo amago de irse y ella le sonrió de oreja a oreja.

—Ha sido mi mejor noche de sábado en años. Muchas gracias.

—Lo mismo digo.

Le guiño un ojo, se dio la vuelta y bajó las escaleras a la carrera hacia el *hall*, ella tragó saliva, miró a Paul y le hizo un gesto para subir andando a casa. No pensaba volver a subirse a ese ascensor hasta que alguien le asegurara de que estaba en perfecto estado.

## 8

—Ni una lágrima, ni una protesta, ni un desmayo, ni un ataque de ansiedad. Increíble.

Kenan Yaman resopló y cogió una botella de agua, la bebió de un trago y luego miró a su hermana Nihan, que lo observaba atenta y sin abrir la boca.

—Cuando se apagaron las luces pensé que me iba a tocar lidiar con una caprichosa estrella de Hollywood en estado de pánico, pero no hizo falta. Es una tía serena y muy fuerte.

—Siempre me ha parecido que es una mujer de carácter.

—Lo es. He tenido clientes que por mucho menos me han montado unos escándalos considerables. A una Kardashian la tuvimos que evacuar de unos grandes almacenes al borde de la histeria porque una dependienta la roció sin querer con perfume.

—Bueno, parece que Chloe Miller es diferente. Una valiente y potente chica de Kentucky.

—Nebraska.

—Eso...

Nihan lo observó con atención y él miró hacia la calle pensando en la preciosa cara de Chloe Miller, en ese cuerpazo de escándalo que tenía, en sus ojos verdes, y en ese aire serio y melancólico que a veces la hacía parecer ausente o indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿A qué hora viene? Me estoy poniendo nerviosa.

—Estará al caer —miró la hora—, y no te pongas nerviosa, es una persona muy normal.

—Si tú lo dices... hala, ahí la tenemos.

Nihan Yaman se puso de pie y caminó por su gimnasio directo hacia esa chica, que era una de las actrices más famosas del mundo, viendo como ella entraba

seguida por cuatro personas, dos mujeres y dos tipos trajeados que se imaginó eran su equipo de seguridad, vestida con ropa de deporte, una gorra de béisbol y una enorme sonrisa en la cara.

—¡Hola!, soy Chloe —le ofreció la mano—. Tú debes ser Nihan, te pareces un montón a tu hermano.

—Sí, encantada —Por un momento le impresionó lo guapa que era al natural, con la cara lavada y una coleta, y se la quedó mirando con la boca abierta, hasta que ella dio un paso atrás para presentarle a sus acompañantes.

—Estas son Laura y Evelyn, mi ayudante y mi estilista, quieren entrenar conmigo, si a ti no te importa, y estos son Paul y Kevin, mis escoltas.

—No me importa, sois todos bienvenidos, por favor, pasad...

—Buenos días —Kenan interrumpió las presentaciones y se dirigió a Chloe, que le regaló una sonrisa luminosa de las suyas, dejándolo un par de segundos fuera de juego—. ¿Os ha costado llegar?

—No, Kev es de Brooklyn.

—Genial, pues os dejo con la mejor entrenadora de defensa personal de Nueva York, yo me voy. Pasadlo bien.

—¿No te quedas con nosotras?

—No, es mejor que os vayáis conociendo. Otro día.

—Vaya... —Chloe se puso seria y todos guardaron silencio un poco sorprendidos—. Ok, pues, muy bien, muchas gracias.

—Otro día dejaré que me machaques —bromeó al ver su cara de desconcierto, miró a su hermana y se despidió con la mano—. Te veo esta noche en el hospital, adiós.

—Kenan —lo siguió hasta la puerta y él se detuvo para prestarle atención—  
¿Hospital? ¿pasa algo?

—Mi padre está ingresado, gracias por preguntar.

—Bueno, si puedo hacer algo, yo...

—Muy amable, muchas gracias, pero estamos bien.

—Vale... —resopló, miró al infinito con un gesto muy propio suyo y Kenan sintió cómo se le paralizaba el pulso—. Te quería invitar a cenar o a comer

algo.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, pues tal vez porque pasamos una experiencia muy fuerte juntos, porque durante ocho meses fuiste un escolta perfecto y no me aceptaste ni una Coca-Cola, porque ahora has organizado con tu hermana estas sesiones de defensa personal para mí... no sé, por mil motivos, si quieres te hago una lista y te la mando por email.

—Oye, yo... —sonrió y quiso estirar la mano y abrazarla, pero obviamente no podía hacerlo, era mejor mantener las distancias. No podía dar un paso más hacia ella, no era lo correcto, ni lo cuerdo, y sin querer se apartó.

—Ok, mensaje recibido. Eres el primer tío, en toda mi vida, que me rechaza una invitación y me lo merezco por gilipollas. Hasta otra, Kenan.

—Chloe, vamos...

—Si no te importa, te mencionaré en mis memorias. El primer y mayor corte de mi vida en un gimnasio de Brooklyn, con un individuo con el que creía estar entablando una amistad.

—Me pasaré por tu casa a comer, llamaré a Laura para ajustar agendas.

—No, Kenan, ahora ya no me apetece, muchas gracias, y tampoco se trataba de ajustar agendas con Laura, esta era una invitación privada, algo entre tú y yo ¿sabes?, pero es igual. Adiós.

—Chloe...

—Adiós.

La vio caminar con energía hacia la sala privada que había reservado Nihan para su clase intensiva de defensa personal, y se sintió el tipo más miserable del mundo, pero no hizo nada y salió a la calle convencido de que era mejor así. Ella vivía rodeada de gente, de actividad, de fiestas, de halagos y de focos, seguro que se olvidaba pronto de la afrenta y de él, que no era nadie, solo uno más en la interminable ristra de caras que pululaban a su alrededor.

## 9

—¿Le has prestado el Karl Lagerfeld?!

—Se lo voy a regalar.

—¡Chloe! —Laura la miró y dio una patada en el suelo como una niña pequeña.

—Si lo querías tú habérmelo dicho.

—No, pero es que... —bufó indignada delante de uno de los vestidores y Chloe se tiró al suelo para hacer un estiramiento. Había empezado el rodaje de la segunda película de la franquicia y estaba bastante molida—. Apenas la conoces.

—Llevamos dos meses entrenando con ella, es encantadora, la considero una amiga, necesitaba un maldito traje para una boda y le gustó ese. No seas pesada.

—Le quedaría enano.

—Para mí es un vestido largo y para ella de cocktail —se echó a reír viendo que a Laura no le hacía ninguna gracia—. Si quieres un vestido, o cuatro, o veinte, puedes coger los que quieras, cariño, no seas niña.

—Me gustaría que te cortaras más con la gente.

—Me sobra de todo, no puedo ser egoísta.

—Encima el hermano...

—El hermano no tiene nada que ver en esto.

Se puso seria de golpe, se levantó y se fue al cuarto de baño, puso la ducha a tope y se metió debajo cerrando los ojos, intentando pensar en el trabajo, en el guion, en la aventura sexual que había tenido con un músico muy guapo de Manchester, con él que había pasado un rato muy agradable, aunque no pensaba volver a llamarlo.

Harry se llamaba y era un ídolo de jovencitas. Tenían la misma edad y era un bombón, pero no le decía nada, no le aportaba nada, no había química, y era



una pena, porque tenía muchas ganas de sentar la cabeza y enamorarse.

Salió de la ducha y pensó en Kenan Yaman, al que no había vuelto a ver desde aquel primer día en el gimnasio de su hermana.

Tras ese primer curso intensivo de seis horas convenció a Nihan para que dejara Brooklyn dos días por semana y fuera a Tribeca a entrenarla. Le ofreció un buen sueldo como entrenadora personal fija, y ella aceptó de inmediato, facilitándole las cosas y evitándole, de paso, el riesgo de acabar encontrándose con Kenan en el gimnasio.

No quería verlo, la había rechazado un montón de veces, por mil motivos, y se sentía hasta humillada. Y no es que quisiera casarse con él o algo parecido, simplemente le hacía ilusión tenerlo en su vida, sin embargo, él la había evitado de todas las formas posibles y ella tenía un límite. Solía ser muy tolerante con la gente, pero cuando te trataban así solo te quedaba una opción: plegar y largarte corriendo.

Con Nihan, por el contrario, habían conectado muy bien, se habían hecho muy amigas, llevaban dos meses viéndose con frecuencia, no solo por los entrenamientos, también para comer o desayunar, para salir de compras o ir a un estreno, y le gustaba mucho. Era una chica guapísima, fuerte, que también había estado en el ejército y que tenía las cosas muy claras.

Con ella era fácil establecer vínculos, no se cerraba en banda y no la trataba como a una caprichosa y superficial actriz, no, Nihan la trataba de igual a igual, no tenía prejuicios contra ella y eso era muy gratificante. Eso ella lo valoraba por encima de todas las cosas, porque en su posición era muy difícil conocer gente normal y hacer amigos, y estaba muy agradecida de que le estuviera dando una oportunidad a pesar de su hermano, porque estaba segura de que a Kenan Yaman no le hacía ninguna gracia esa amistad que habían desarrollado sin ningún esfuerzo.

Por supuesto, Nihan nunca hablaba de Kenan y ella jamás se lo había mencionado, era como si no existiera, y mejor así.

A pesar de todo le gustaba ese hombre, sentía mariposas en el estómago cuando pensaba en él, y en condiciones normales ya hubiese intentado besarlo, pero estaba claro que no podía ser. Por lo que sabía estaba casado, tenía una hija y para ella eso era sagrado. Jamás miraba a un tipo comprometido, nunca,

y mucho menos a uno que evidentemente no la soportaba, así que era mejor interactuar con Nihan como si no tuviera un hermano que la había rechazado un millón de veces.

—Chloe, te llama Nihan...

—Ok, gracias —acabó de vestirse y cogió el móvil—. Hola, guapa, ¿qué tal?

—No muy bien, mi padre murió anoche.

—Ay, Dios mío —se sentó en la cama con una mano en el pecho—. Lo siento mucho, lo siento muchísimo.

—Gracias... en fin, como habíamos quedado esta tarde.

—Por favor, no te preocupes ¿Estás bien?, ¿tu madre?

—Mi madre muy entera, estaba muy malito y al fin ha descansado. Los hermanos estamos bien, todos creemos que es mejor así, llevaba en coma inducido mucho tiempo.

—Lo siento muchísimo —se echó a llorar y respiró hondo— ¿Puedo hacer algo por ti?, ¿necesitas alguna cosa?, lo que sea.

—No, cielo, muchas gracias.

—Me gustaría ir al funeral, me gustaría darte el pésame y un abrazo.

—Lo hemos enterrado esta mañana, ha habido una misa ortodoxa y ahora nos vamos a casa para comer y recibir a la familia y los amigos. No tienes que venir, pero si es lo que quieres, serás bienvenida.

—Muchas gracias, envíame las señas y de verdad, lo siento mucho.

—Lo sé, un beso, me encantará verte. Adiós.

—Adiós —colgó con una congoja enorme en el pecho y pensó en Kenan, buscó su número en la agenda decidida a llamarlo, pero se detuvo y tiró el aparato sobre la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura.

—Ha muerto el padre de Nihan. Avisa a Paul para que pida un coche. Voy a Brooklyn a dar el pésame y a estar con un rato con ella.

—¿En serio?, tienes un montón de...

—Sólo será una hora... ¿qué pasa? —se puso de pie frunciendo el ceño.

—No sé, no sé, tú misma. ¿Te acompaño?

—Si quieres estaría bien, al fin y al cabo, ella también es tu entrenadora.

—Claro, pero deberías prestarme algo negro.

# 10

Llegaron a Brooklyn y el chófer encontró en seguida la casa de los Yaman, pero ningún espacio para aparcar, así que se despidió preparado para volver a recogerlos en cuanto le avisaran. Chloe lo agradeció y se acercó a la vivienda agarrada al brazo de Laura y seguida por Paul, que además de estar trabajando, también quería dar el pésame a Nihan y a Kenan.

La puerta principal estaba abierta y había muchísima gente entrando y saliendo, era un agradable día primaveral y la tarde se había quedado estupenda, así que un montón de niños jugaban en el jardincito mientras los adultos hablaban con una copa o una taza de café en la mano. Si no hubiese sido por las tristes circunstancias que los habían reunido allí, aquello parecía más una barbacoa dominical, que un velatorio.

Pisaron el recibidor y el corazón se le disparó en el pecho, por supuesto estaba muy triste por su amiga, pero estaba aún más nerviosa ante la perspectiva de ver a Kenan y explicarle su presencia allí. De pronto calculó que era inapropiado que hubiese ido y dio un paso atrás mirando a Laura a los ojos.

—Tal vez deberíamos irnos, esto parece mucho más familiar de lo que imaginaba.

—Te lo advertí, vamos —Laura se dio la vuelta para volver a la calle y de repente alguien la sujetó por el brazo.

—Chloe, gracias por venir —Nihan la abrazó y ella devolvió el abrazo con los ojos cerrados—. Laura, Paul.

—Te acompañamos en el sentimiento, Nihan.

—Muchas gracias y muchas gracias por acercaros, es un detalle.

—Solo queríamos darte un abrazo, nos marchamos en seguida.

—¿Qué?, no, por favor, pasa a saludar a mi familia, mi madre está deseando conocerte.

—¿A mí?, pues otro día nos vamos a comer o...

—No.

La agarró de la mano y se la llevó hacia un salón muy luminoso, que tenía unas puertas de cristal abiertas hacia un patio trasero lleno de flores.

Sin querer observó la decoración, que le pareció muy bonita y con un claro sabor a Turquía, y en seguida empezó a notar las miradas curiosas de la gente sobre ella. Estaba acostumbrada a despertar interés, pero se había imaginado que, con una falda negra, una blusa blanca, sin maquillaje y el pelo recogido, iba a pasar desapercibida, más aún tratándose de un funeral, sin embargo, no fue así y empezó a sentirse fuera de lugar de inmediato.

—Mamá, esta es mi amiga Chloe.

—Hola, querida, encantada —la señora, que era guapísima, se puso de pie para abrazarla y a Chloe se le saltaron las lágrimas—. Muchísimas gracias por venir.

—Lo siento muchísimo, señora Yaman, la acompaño en el sentimiento. Ojalá la hubiese conocido en otras circunstancias.

—Bueno, la vida es así. Eres muchísimo más guapa en persona, pero te lo dirá todo el mundo.

—Muy amable. Estos son mis amigos, Laura y Paul —dio un paso atrás para dejar que ellos la saludaran y levantó la vista a tiempo de ver entrar en el salón a Kenan, que en cuanto la vio frunció el ceño, se dio la vuelta y desapareció.

—Tomad algo, hay algunas delicias turcas y otros platos que seguro os encantan. Nos han traído muchísima comida. Nihan, sírveles un café o una copita de lo que les apetezca.

—Muchas gracias, solo hemos pasado a saludar, nos vamos en seguida.

—Hola... —dos chicas igual de guapas que Nihan se pusieron a su lado y le sonrieron—. Dalia y Nadia, las hermanas de Nihan. Madre mía, eres guapísima.

—Hola, encantada.

—Tenéis que comer algo, es la tradición.

Nihan y sus hermanas los llevaron a una habitación contigua para servirles algo de picar y volvió a ver a Kenan hablando con unos hombres en el jardín. Laura abrió la boca impresionada por lo guapos que eran todos y ella bajó la cabeza arrepintiéndose muchísimo de estar allí. Había sido un tremendo error ir a un acto tan íntimo y, cuando empezaron a rodearla varias adolescentes para mirarla de cerca y pedirle *selfies*, se quiso morir y decidió que ya era suficiente y tenían que marcharse.

—Ya está bien, dejad a la señora en paz —habló Kenan con autoridad al ver que Paul no podía con la avalancha de niñas revolucionadas, y ellas lo obedecieron de inmediato—. Estamos de luto ¿sabéis?

—Lo siento mucho, no pensé... en fin, nosotros nos vamos. Siento... —no se atrevió a mirarlo a los ojos y agarró la mano de Laura—, siento las molestias. Ya nos vamos. Adiós.

—No es tu culpa, Chloe, tómate algo —la detuvo Nihan y ella negó con la cabeza.

—Hola, soy Tarkan, el otro hermano de Nihan.

—Encantada —levantó los ojos y se encontró con un tipo altísimo y muy atractivo, mucho más moreno que Kenan y Nihan, y le dio la mano—. Siento mucho vuestra pérdida.

—Muchas gracias, esta es mi hija Fatmagül y está deseando darte un beso y pedirte una foto —se giró para enseñarte a su hija y ella se inclinó para acariciarle la cara.

—Hola, Fatmagül, qué nombre más bonito tienes.

Se pasó un rato con la niña y con los hermanos Yaman, que eran cinco, aunque ella solo habló con cuatro y sus respectivas parejas, porque Kenan, en cuando dispersó el revuelto, se había largado sin dedicarle ni un saludo.

Era horrible lo de ese hombre, que siempre la hacía sentir como una idiota, y se maldijo mil veces por haber tenido la mala idea de ir hasta la casa de sus padres en un momento tan delicado. Solo la absolvía el hecho de que actuaba con la mejor de sus intenciones y para estar con Nihan, a la que consideraba su amiga, jamás para interrumpir el día de luto y volverse el centro de atención involuntario de todo aquello.

—Qué lástima que no te haya podido conocer Inci, la hija de mi hermano

Kenan —le susurró Nadia—. Te adora, pero su madre no la ha dejado venir.

—De milagro la dejó ir a la misa y al entierro —opinó Dalia con su bebé en brazos.

—Bueno, hay gente que no le gusta que sus hijos participen en entierros y...

—Laura las miró y ellas negaron con la cabeza.

—No es eso, se trata simplemente de fastidiar a mi hermano. El fin último de su vida es hacerle la vida imposible y sabe que privarlo de la presencia de su hija en un momento así es terrible para él.

—¿Divorciados? —preguntó Laura.

—No, nunca se casaron, ese es el gran problema, nunca le puso un anillo en el dedo.

—Hay gente muy rencorosa.

Chloe lo escuchó todo sin intervenir y buscó con los ojos a Kenan, que andaba por ahí recibiendo abrazos y charlando con la gente muy serio, muy dolido, claro, y se le partió el corazón.

Ella no sabía nada de su vida, nada en absoluto, y por eso lo juzgaba sin conocimiento. Era muy injusta con él y sintió cómo se le abría un enorme agujero en el pecho al intentar comprender por lo que estaría pasando.

—Ya nos marchamos y quería decirte que siento haber interrumpido vuestro luto, lo siento de veras. Solo quería dar el pésame a tu familia personalmente y no imaginé...

—Claro, tú nunca imaginas —le soltó desde su altura y mirándola a los ojos. Ella solo se acercaba para ser amable y él la recibía así. Bajó la cabeza y se dio la vuelta para salir de allí—. Dónde apareces, en cualquier parte, a todas horas, siempre llamas la atención y se provoca un revuelo, incluso en un velatorio. Deberías tenerlo en cuenta.

—Lo siento mucho, no era mi intención.

—Con decir lo siento no se arreglan las cosas.

—¿Por qué me hablas así?, ¿por qué me tratas así? —se detuvo, volvió sobre sus pasos y se le puso delante—. No sé qué te he hecho, en serio, pero si te he hecho algo, perdóname, perdona por existir y por ser una molestia tan grande para todo el mundo.

—¿Ese es un diálogo de alguna película de las tuyas?, porque suena muy dramático.

Guardó silencio, respiró hondo y se alejó de él sintiendo cómo las lágrimas empezaban a subirle por la garganta. No pretendía responder a eso, que le pareció cruel y mezquino, y lo cierto es que le dolía demasiado como para cabrearse y mandarlo a la mierda.

Entró en un pasillo que no conocía y se quedó quieta intentando orientarse. Aquella casa era enorme y con una distribución un poco anárquica, así que trató de situarse los segundos suficientes para que él la alcanzara y le hablara por la espalda.

—Es por la derecha.

—Gracias —asintió sin mirarlo y dio un paso, pero la detuvo por el brazo.

—Reconozco cuando me comporto como un capullo integral, pero es un día complicado para mí. Mis sinceras disculpas.

—Siento tu pérdida. Adiós.

—No te marches así, venga, mírame.

—¿Para qué?, ¿aún te queda munición para desahogarte conmigo? Porque si se trata de usarme como *sparring* no estoy por la labor.

—Si tú supieras...

—¿Si yo supiera?, solo sé que desde que te conozco me tratas como a un zapato, como a una imbécil, como a una mujer insoportable con la que no puedes compartir ni una brizna de complicidad. Y no voy a decir nada más porque ha muerto tu padre y lo siento mucho, pero eres... me duele cómo eres... hasta otra.

—Mierda, Chloe...

—Ya me voy, no te preocupes ¡No me toques! —lo esquivó hecha una furia cuando la agarró por la muñeca—. No hace falta, se dónde está la salida. ¡Paul!

—Quieta, no montes un escándalo.

—¿Un escándalo yo?.

—Sí, tú, venga... tranquila, ya he dicho que lo lamento.

—Suéltame, capullo condescendiente, puedo salir sola, no es necesario que me



eches a patadas.

Se apartó empujándolo con las dos manos, aunque era una mole de noventa kilos, y él levantó las palmas intentando establecer la paz, aunque ya era demasiado tarde. Sin saber cómo estaba llorando y se limpió las lágrimas con la manga de la blusa, queriendo insultarlo al menos en cuatro idiomas, retrocedió y Kenan Yaman dio un paso hacia ella, la agarró por la nuca y la metió con un movimiento preciso y rápido en una habitación.

Antes de poder parpadear ya estaba dentro de un cuarto solitario, vio cómo cerraba la puerta de una patada y lo siguiente fue sentirlo encima, sin mediar palabra, para besarla cómo hacía siglos que no la besaban.

Sin soltarla del cuello la apoyó contra la pared de una forma un poco brusca, se inclinó y le atrapó los labios con la boca abierta, se los lamió y luego se los separó para plantarle un beso muy enérgico, sin sacar la lengua en ningún momento, al contrario, recorriéndole cada rincón de la boca con una ansiedad deliciosa. Sabía y olía a las mil maravillas y se aferró a su camisa para besarla con la misma locura hasta que tuvo que parar para poder respirar.

—No entiendes nada, Chloe —le susurró encima de la boca—. No entiendes que me alejo de ti porque te deseo demasiado, que no quiero verte porque me vuelves loco, que no puedo tenerte cerca porque solo quiero hacerte el amor...

—Hagamos el amor, yo también te deseo —se pegó a él y percibió perfectamente su monumental erección.

—Mi vida es demasiado complicada y no puedo complicármela más.

—No me importa lo complicada que sea... en serio... Kenan... mírame —le sujetó la cara, se perdió en sus enormes ojos marrones y le sonrió—. Tampoco pretendo que te cases conmigo.

—Yo tampoco pretendo dejarme llevar y salir escaldado.

—No soy tan mala persona.

—Eres una gran persona, pero tenemos vidas muy diferentes y sería una estupidez perder la perspectiva. Me gustas mucho, pero no creo que encaje en tu vida, ni tú en la mía.

—¿Estás seguro? —sonrió coqueta y retrocedió buscando un punto de apoyo, se subió la falda y se sacó las medias y las braguitas ante la cara descompuesta

de Kenan, que se lamió los labios empezando a perder el control— ¿Vamos a ver cómo encajamos? Ven aquí.

—No me hagas esto, hoy no.

—Por supuesto, tienes razón... perdona...

Hizo amago de vestirse y él la alcanzó, la levantó a pulso y la empotró contra la pared abriéndose los pantalones del traje con una mano. No hizo amago de besarla, soltó un quejido profundo y la penetró con un movimiento seco. Ella cerró los ojos, sintiendo cómo la llenaba entera, porque era enorme en todos los sentidos, y pensó que se rompería en dos de un momento a otro.

Lo siguiente fue el mejor polvo que había tenido en toda su vida. Ni palabras de amor, ni juegos preliminares, ni caricias banales, no, directo al grano y con tanta potencia que perdió el sentido un par de veces, o eso sintió, disolviéndose de puro placer con él dentro, como llevaba semanas deseando.

# 11

—Es muy acogedor.

Chloe entró en el apartamento y dejó la comida en la cocina americana, sin dejar de observar lo bonito y ordenado que tenía todo. Kenan puso el vino blanco en la nevera y se sacó la chaqueta con una sonrisa.

—Eres muy ordenado, eso me gusta.

—Si vives en un piso pequeño tienes que ser ordenado.

—No es tan pequeño. Me encanta.

Caminó despacio por el salón grande y que tenía dos ventanas a la calle, miró las estanterías llenas de libros y de marcos con fotos de la familia, se fijó en que leía mucho a Stephen King y sonrió viendo la colección completa de los libros de Juego de Tronos, de George R.R. Martin. Luego echó un vistazo a la habitación de su hija Inci, que era pequeña, pero muy bonita y muy de princesas, y se asomó al dormitorio principal con gran curiosidad, comprobando que era sobrio y con pocos muebles.

A saber: una cama baja y enorme, sin cabecero, una sola mesilla y un televisor de plasma. Un vestidor diminuto con un altillo lleno de trastos deportivos, se giró hacia él y sonrió.

—¿En qué piensas?

—En cuántas mujeres habrán pasado por esa cama.

—Madre mía.

—Eres un dios turco de cuento de hadas, no quiero ni imaginar lo que habrá pasado en esa cama.

—¿Un dios turco?

—¿Te has mirado en un espejo? —le guiñó un ojo—. El otro día vi a tu primo, el actor famoso de telenovelas turcas, me lo enseñó tu hermana en Internet, y sois igualitos. Te pareces más a él que a tus hermanos.

—Bueno...

—Podrías triunfar como galán de telenovelas turcas, mi agente dice que están dando más dinero que HBO.

—No sirvo para ser actor.

—Me temo que él tampoco —se echó a reír y Kenan con ella—. Lo siento, no sé si es una cuestión cultural o qué, pero es que apenas gesticulan y siempre es el mismo plano... en fin... no quiero ser mala, es que, desde nuestro punto de vista profesional, es un poco raro, sin embargo, ya ves, arrasando en todo el mundo y tu primo es una mega estrella.

—Lo sé ¿Comemos?, me muero de hambre. Te van a encantar estos bocadillos, es el mejor pastrami de Brooklyn.

—No como carne, por eso he traído mi ensalada de...

—Joder, Chloe, pensé que querías probarlo.

—No, y no te preocupes, yo ya estoy servida.

Se fue a la cocina, sacó la ensalada que le había preparado Gini, su chef, y buscó platos y cubiertos para poner la mesa. Kenan la siguió con los ojos en silencio, sin moverse, hasta que se le acercó por detrás y la abrazó muy fuerte, sujetándola por el vientre. Chloe sintió su calor pegado al cuerpo y suspiró.

—No me puedo creer que Chloe Miller esté en mi piso.

—Ya me tienes muy vista...

—No así.

Deslizó los dedos por dentro de su vaquero y le sujetó las braguitas de algodón, las enredó en un dedo, mientras la hacía caminar al borde del orgasmo hasta su habitación, y una vez allí la tiró literalmente encima de la cama. Se puso de rodillas y se entretuvo en sacarle las botas, los pantalones, las braguitas, la camiseta y el sujetador con una parsimonia un poco exasperante. Ella se movió incómoda varias veces, pero tuvo paciencia y dejó que se recreara hasta que volvió a ponerse de pie y empezó a desnudarse con la misma tranquilidad.

Sin quitarle los ojos de encima, levantó las manos y se deshizo el moño hípster, dejando libre esa melena salvaje y abundante que tenía. De verdad parecía un dios oriental, pensó ella prendada de ese pelo castaño y ondulado,

hasta que tuvo que ver cómo se sacaba la camiseta y los pantalones de pie, tirando las botas a un lado, antes de lanzarse encima de ella con una ansiedad feroz.

Antes de poder hablar, ya la había penetrado sujetándola por el trasero, y le llenaba la boca con esos besos impetuosos, vehementes, que la volvían loca. Era la tercera vez que se acostaban, y seguía sin pillarle el punto exacto, pero no le importaba nada, porque él llevaba la voz cantante, se mostraba firme y dominante, y aquello era lo único que necesitaba en ese momento.

—Madre mía —susurró mirándolo a los ojos. Había tenido al menos dos orgasmos y él aún seguía dentro de ella, llenándola entera, se incorporó y lo besó en los labios. Kenan Yaman se apartó un poco y le lamió los pechos con la boca abierta—. Me vas a matar.

—Schhh...

La giró y la elevó por las caderas, la acomodó como le vino mejor y la penetró por detrás, alcanzó la vagina sin ningún problema, y se balanceó dentro de su cuerpo con ella bien sujeta por el vientre, muy fuerte, hasta que la hizo gritar de placer y caer boca abajo en la cama jadeando e implorando una tregua.

—Se ha roto el preservativo —anunció tendiéndose a su lado y Chloe lo miró de reojo.

—Que romántico.

—En serio.

—Schhh, es igual, me da igual, déjalo ¿quieres? —extendió la mano y le acarició la cara—. Así te quedas conmigo un poco más, no me importa.

—Chloe...

—De verdad —se le acercó y se le acurrucó en el pecho pensando, en serio, que no le importaba nada que eyaculara dentro de ella. Por primera vez en su vida el hecho le pareció totalmente natural, y sonrió acariciándole los collares étnicos que llevaba—. ¿Y estos collares tan chulos?

—Son turcos.

—¿Los compraste allí?, ¿vas mucho a Turquía?

—He estado solo dos veces en Estambul y me encantaría volver muchas más.

—Podríamos ir juntos, yo nunca he ido.

—Ya veremos.

—¿Cómo que ya veremos?. En estos casos suelen decirme: Por supuesto, Chloe ¿cuándo nos vamos? —bromeó y él soltó una risa suave— ¿Eh?, ¿de qué te ríes?, es verdad.

—Lo sé, pero tú y yo ya veremos. Me muero de hambre, vamos a comer.

—Trae la comida a la cama.

—No, no me gusta que luego las sábanas huelan a comida.

—Madre mía, eres una cajita de sorpresas.

Se levantó y se puso un albornoz que le extendió con una sonrisa. Apenas podía andar, estaba molida, pero satisfecha y feliz, y llegó a la cocina americana dispuesta a comerse todo lo que tuviera delante. Sirvieron los platos, él agarró su teléfono móvil y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?, ¿va todo bien?

—Un mensaje de la madre de mi hija, mañana no podré presentarte a Inci, dice que tiene un cumpleaños.

—¿Y no lo sabía hasta ahora?

—Esto va así...

Marcó el número de teléfono y se fue hacia su habitación, cerró la puerta y Chloe oyó en seguida el tono alterado con el que se dirigía a su ex, bajó la cabeza, se sirvió un poco de agua y descubrió las fotos del ejército que tenía junto al equipo de música, se acercó a verlas y entonces él apareció serio y bastante tenso.

—Dice que es el cumpleaños de una prima y que no se lo puede perder. Es increíble.

—Pero ¿no tenías este domingo con ella?

—Es igual.

—¿Cómo que es igual?, si hay unas visitas acordadas y...

—Es igual, Chloe. Gracias —levantó la mano para hacerla callar y ella cerró la boca—. Siento mucho que hayas venido a pasar el fin de semana a Brooklyn

para conocerla y que no pueda ser, lo siento de veras, pero no quiero hablar más del asunto, por favor.

—Por supuesto.

—Gracias.

—Y no me importa nada haber venido a pasar el finde a Brooklyn, llevo toda la semana queriendo estar contigo.

—Ya, ya —sonrió y le hizo un gesto para que comiera—. ¿Qué tal con el guaperas sueco de tu peli?

—Es un tío muy majo, muy simpático y tiene mucho talento. Es una gozada, pero yo solo quería verte a ti —se le acercó coqueta y lo abrazó por la espalda—. Solo a ti, señor Yaman.

—Que embaucadora, mis hermanas dicen que ese sueco resucita a los muertos y que tú eres una mujer afortunada.

—No es mi tipo y... ¿estás celoso? —buscó sus ojos y él entornó los suyos— ¿No serás de esos que creen que los besos en las películas van en serio? Es trabajo.

—¿Trabajo?, ¿besarte con Skarsgård es solo trabajo?, ¿qué un tío de esos te meta mano es solo trabajo?. Imposible.

—Claro que sí, porque encima nos tocamos con treinta personas rodeándonos, se llama profesionalidad y disciplina.

—Claro.

—¡Kenan!

—Yo, ni trabajando en medio de un estadio repleto de gente podría evitar empalmarme contigo. Estás muy buena.

—No sé cómo tomarme eso.

—Es igual, sigue comiendo.

—¿Estás bien? —lo abrazó fuerte, se puso de puntillas y le besó el cuello.

—Sí.

—Cuándo Inci pueda, yo vendré de donde sea para conocerla, no te preocupes.

—Lo sé, gracias. Ahora a comer, que necesitarás fuerzas.

## 12

—Merhaba! —exclamó y saltó para atraparlo con las dos piernas. Kenan la besó en los labios y entró en la casa moviendo la cabeza.

—¿Estás aprendiendo turco?

—Solo hola y adiós, me lo ha enseñado Elma Pattinson, mi terapeuta.

—¿Y cómo se dice adiós?

—Güle güle o algo así, pero no importa porque acabas de llegar y te tengo para mí sola todo el día, ya te diré adiós mañana.

—Eres una niña muy traviesa, señorita Miller.

—Contigo sí... —dejó que la posara en el suelo y observó cómo miraba a su alrededor con el ceño fruncido— ¿Qué?

—¿Estás completamente sola?

—Sí, es nuestro día especial, salvo el servicio de seguridad que está en el vestíbulo y en el rellano, los demás disfrutaban de un viernes festivo, incluso Benji se ha ido a casa de Laura.

—Ok... —se sacó las gafas de sol y la miró de arriba abajo. Ella llevaba un pantaloncito mínimo de algodón blanco y una camiseta sin mangas del mismo color.

—Quería ponerme lencería fina, pero la verdad es que no tengo.

—Tú no necesitas nada de eso porque eres perfecta.

Le sonrió y lo vio acercarse de dos zancadas, antes de que la tocara ya estaba teniendo un orgasmo y ronroneó de placer cuando la inmovilizó con una mano, mientras con la otra se abría los vaqueros y la penetraba mirándola a los ojos, contra el respaldo de un sofá.

Hacer el amor con él era siempre así: salvaje, y lo adoraba. Se miraban y se excitaban, se rozaban y ya estaba al borde del abismo, la penetraba y ella se



abría de una forma que jamás había experimentado con nadie, queriendo fundirse con él, queriendo morirse en sus brazos y que no saliera nunca más de su cuerpo.

Estaban locos el uno por el otro y llevaban un mes de desenfreno total.

Después de esa primera vez en casa de sus padres casi no se habían vuelto a separar. Cada uno en su casa y con sus respectivas obligaciones, pero buscando cualquier hueco para estar juntos, a cualquier hora, y aquello la había convertido en la mujer más dichosa del universo.

Estaba perdiendo totalmente la chaveta por ese hombretón varonil, guapísimo y un poco dominante, que hacía lo que quería con ella, y se sentía dichosa. Nunca había tenido una pareja sexual tan intensa, un hombre tan potente al lado, tan masculino, y llevaba cuatro semanas sintiéndose la chica más sexy y femenina del planeta.

—Hola... —giró la cabeza y se apartó el pelo de la cara para mirarlo. Él, completamente desnudo, le acariciaba la espalda con mucha devoción, con mucha suavidad, y se incorporó un poco para sonreírle.

—Tienes el trasero más perfecto que he visto en toda mi vida —deslizó los dedos y le cogió los glúteos con propiedad—, y me cabe entero en una mano.

—Vaya, qué interesante.

—En pantalla eres una diosa, pero al natural eres... insuperable.

—Oh, qué galante —se le acercó y se le acurrucó en ese pecho cubierto por una brizna de vello castaño claro preciosa, que era el lugar más acogedor de todo el mundo—. Si a ti te gusta, con eso me vale.

—Demasiado me gustas y encima hueles así de bien —aspiró el aroma de su pelo y le besó la cabeza—. No te imaginas lo duro que era estar a tu lado, tú oliendo así, y yo con ganas de comerte de arriba abajo.

—¿En serio? —lo miró a lo ojos y le sonrió— ¿Por eso eras tan amable y considerado?

—No empecemos.

—Vale.

—Ya sabes que solo intentaba protegerte y protegerme a mí.

—Lo sé ¿Alguna noticia de la boda?

—Inci me ha mandado un *selfie* vestida de dama de honor. Al menos su madre la deja usar en teléfono móvil que le compré.

—¿Puedo verla?

—Claro —buscó el móvil y le enseñó la foto de su preciosa hija. Una niña guapísima que parecía una princesa. Tenía sus ojos, pero en lo demás era igualita a la familia de su madre, Kimberly De Luca, una chica italiana de Brooklyn que esa mañana se había casado por la iglesia con su jefe, el doctor Peter Bielecki.

—Es una muñeca.

—Lo es —sonrió con amargura y Chloe se le abrazó más fuerte—. A ver si durante la luna de miel su abuela me deja ver a la niña porque...

—¿Finalmente no lo habéis arreglado con los abogados? —se incorporó muy seria—. Kenan...

—No quiero empeorar las cosas, ya sabes cómo va esto.

—No quieres empeorar las cosas y de ese modo esa mujer gana terreno, te manipula y utiliza a una niña de ocho años para fastidiarte. No puedes seguir así, tienes que plantarte de una vez, buscaremos un buen abogado de familia. Mi padre es abogado, hablaremos con él.

—No te he pedido ayuda —se apartó y se levantó de la cama—. Y no me digas lo que me dice todo el mundo. He venido para estar contigo tranquilamente y sin interferencias ajenas.

—Te quiero y quiero lo mejor para ti —se oyó diciendo aquello y se le subió el corazón a la garganta, pero no reculó, a pesar de la cara de desconcierto de él—. Me importas, quiero ayudar, y cómo todos los demás, creo que ha llegado la hora de dar un golpe en la mesa.

—No lo entiendes, se trata de mi hija.

—Por eso mismo hay que establecer un convenio regulador justo, que Kimberly tenga que respetar y cumplir, podemos...

—No, no quiero hablar de eso. ¿Quieres comer algo?

—Kenan...

—No pretendas solucionar la vida de todo el mundo, Chloe, a veces es imposible.

—Nada es imposible salvo la muerte, y no me pidas que no quiera ayudarte a ti, que ahora mismo eres lo primero para mí. En mi posición puedo hacer algunas cosas y trato de hacerlas, y en este caso creo que podemos...

—Si doy un paso en falso no me dejará verla.

—Tenéis la custodia compartida, puedes exigir tus derechos sin tener que lidiar personalmente con ella cada vez que quieras hablar con Inci, para eso están los abogados.

—Si conocieras a esa mujer, no lo verías tan sencillo. Está loca.

—Pero, lamentablemente, es la madre de tu hija...

—Muy a mi pesar —interrumpió—. Yo nunca la hubiese elegido como madre de una hija mía, pero pasó así, y lo único que intento desde que nació es hacer las cosas bien para no correr el riesgo de perderla. No puedo dejarla sola a merced de Kimberly ¿no lo ves?

—Por supuesto que lo veo —se le acercó y se le abrazó con los ojos cerrados—. Por supuesto que lo entiendo. Tú sabes mejor que nadie lo que tienes que hacer, no me hagas caso, pero ten en cuenta que estoy aquí para lo que sea.

—Gracias ¿Comemos algo?

—Puedo preparar un poco de pasta y una estupenda ensalada tropical.

—¿Encima sabes cocinar? —entornó los ojos y volvió a tirarla a la cama. La acarició desde los muslos hasta los pechos con las manos abiertas y se puso entre sus piernas sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué es esto?, ¿me he sacado la lotería contigo?

—Bueno...

—Schhh —la penetró y ella arqueó la espalda sintiendo como le succionaba los pezones con energía, enredó los dedos entre su pelo suelto y largo y gimió de puro y desatado placer.

# 13

—Creo que mi matriz lo quiere, se aferra a él y a su semen.

—¡¿Qué?! —exclamó Elma Pattinson con la boca abierta—. Es la cosa más bestial que te he oído decir en ocho años.

—He roto dos diafragmas en dos meses, alguna vez lo intentamos con preservativos y también se rompieron, al menos tres. Creo que las señales están claras. Amo a ese hombre, estoy muy enamorada, lo deseo y quiero que me deje embarazada. A lo mejor es mi reloj biológico sonando fuerte.

—¿Y por qué no usas píldoras anticonceptivas?

—Porque no me parecen saludables, pero en cuanto acabemos la sesión tengo hora con mi ginecóloga y le pediré una receta.

—Muy bien.

—Es el mejor sexo que he tenido jamás, lo adoro, lo quiero, lo deseo y mi cuerpo lo necesita como respirar. Quiero a su bebé, no, a unos seis por los menos —la miró y se echó a reír.

—Tienes veintiocho años y una carrera fulgurante. Una docena de contratos firmados.

—Cumpló veintinueve dentro de un mes y podría dejar de trabajar el resto de mi vida. Tengo dinero, inversiones y alguna productiva empresa en Internet. Ahora mismo podría retirarme a Estambul, a un palacio frente al Bósforo, con Kenan y una docena de hijos igualitos a él.

—¿Y él que opina?

—Él no opina, ya sabes que es hermético y cómo un muro de piedra. No hablamos de eso abiertamente, pero siento que me quiere y alguna vez le he dicho que quiero tener hijos.

—¿A sus hijos?

—No, eso no.

—Me has contado que tiene muchísimos problemas con su hija, a lo mejor no quiere o no necesita tener más niños.

—Los problemas no son con su hija, sino con la madre de su hija, y conmigo jamás sería así. Sé que es un padrazo, que le gustaría tener una familia y podría tenerla conmigo. En este momento no creo que podamos estar mejor y más unidos. Somos una sola persona, y no es solo por el sexo —le guiñó un ojo.

—Os sigo en la prensa y se os ve tan guapos, hacéis una pareja maravillosa, Chloe.

—Pues él odia esas fotos, a los *paparazzis* y ser el centro de atención, la verdad es que lo lleva muy mal. Si el acoso sigue así un día matará a alguien. Yo solo espero que pronto se aburran de la novedad y nos dejen en paz.

Salió del despacho de Elma flotando, como solía pasar desde que estaba con Kenan Yaman. Casi dos meses de luna de miel permanente.

Miró a Paul y a Laura, les sonrió y se subió al coche para ir a la consulta de su ginecóloga en Manhattan, iban con la hora justa y no quería llegar tarde. Hacía mucho que no se hacía un control ginecológico y quería hablar tranquilamente con ella. Necesitaba urgentemente un poco de orientación y los anticonceptivos porque, aunque sus óvulos estaban preparados para ser fecundados, no era una decisión que pudiera tomar sola, sin hablar antes con Kenan, por lo tanto, tenía que poner medios hasta que estuvieran los dos preparados para tener un bebé.

Se estiró en su asiento y pensó en sus ojazos, en su boca, en su pelo suelto, en su cara perfecta, su perfil, sus pestañas, su sonrisa, su barba, ese cuerpo rotundo que no podía ser más delicioso... en su aroma, y se le contrajo el vientre. Lo necesitaba a cada minuto y nunca dejaba de desearlo, nunca, por eso él, que aseguraba le pasaba lo mismo, se había negado rotundamente a volver a trabajar para ella. No podía hacerlo, no era profesional, le dijo, y se limitaba a ser su novio, un novio atento y protector, a veces demasiado protector, pero su pareja y nada más, y ella había terminado por aceptarlo.

Laura se movió y le puso delante la Tablet con las últimas imágenes que les habían hecho corriendo por Central Park, y después besándose como dos

adolescentes en el parque. Movi6 la cabeza y fij6 la vista en el paisaje.

Lamentablemente, hacfa tres semanas, los habfan pillado muy acaramelados en un concierto de Bruce Springsteen. En la zona VIP alguien los habfa grabado y fotografiado de lleno y habfan sido portada en las revistas de medio planeta. A Kenan el tema casi le cuesta un infarto, se habfa cabreado muchfsimo y habfa montado un pequefio escfndalo, pero no era culpa suya, asf que acab6 por aceptarlo con resignaci6n, sin embargo, no estaba c6modo, se quejaba y protestaba por todo, y habfan dejado de hacer vida normal desde entonces.

Incluso una comida familiar en casa de su madre en Brooklyn habfa acabado con media docena de *paparazzis* en la puerta, esperfndolos para fotografiarlos mientras se subfan al coche, y aquello lo habfa sacado de sus casillas.

Estaban justo en ese momento en que cualquier personaje p6blico vefa peligrar su nueva relaci6n amorosa por culpa del acoso y el derribo de la prensa, ya lo habfa vivido antes, pasaba continuamente, pero ella confiaba en que lo superarfan juntos.

—Nihan... —respondi6 al m6vil entrando en el *parking* de la clfnica— ¿Qu6 tal?

—Bien ¿y t6? Nadia confirma que va el domingo, en total seremos veinte ¿podrfs con tanta gente?

—Por supuesto, y no estar6 sola, viene una chef que suele trabajar conmigo y un par de camareros. Mfndame una lista con cualquier alergia alimenticia, preferencia, fobia o hfbito de tus hermanos y sobrinos, no quiero correr riesgos.

—Qu6 pija eres, Chloe —se ech6 a refr—. La gente invita a su casa y no se preocupa por esas cosas.

—¿C6mo qu6 no?. Cada vez que voy a alguna parte tengo que confirmar que soy vegana, pero que, aun asf, odio el aguacate.

—¡Dios!, estfs a otro nivel. ¿Has hablado con mi hermano?

—No desde esta mafana, tenfa un servicio con un presidente de visita en la ONU y yo he estado con pruebas de vestuario ¿por qu6?

—Creo que ha habido movida con la nueva sefiora Bielecki.

—¿Qué?. No me lo puedo creer —se bajó del coche y entró al ascensor para subir a la consulta— ¿Otra vez?

—Ya sabes que esta tarde Kenan podía recoger a Inci del cole y algo pasó, porque se ha enterado medio Brooklyn.

—Madre mía, cómo no la deje venir el domingo, a tu hermano le arruina la comida. A este paso no la conoceré nunca, ya ha habido tres intentos fallidos.

—Es una hija de puta, Chloe, espera siempre lo peor de esa mujer. Te dejo, tengo la última clase.

Se despidió de Nihan, que al igual que toda su familia, estaba muy contenta de que estuviera con Kenan, y entró en la sala de espera de la doctora Hamilton saludando a la enfermera, que la hizo pasar en seguida a una habitación privada para que tuviera más intimidad y se pudiera cambiar tranquilamente.

Se desnudó, se puso la bata de papel y llamó a Kenan, pero él no contestó, así que cruzó los dedos deseando que todo fuera bien a esas horas de la tarde, y luego pasó a la consulta de la ginecóloga, que la recibió con un par de besos y mucha alegría.

—¿Por qué quieres anticonceptivos ahora?

—Hemos roto dos diafragmas.

—Eso es imposible.

—Te doy mi palabra de honor. Quiero quedarme embarazada antes de un año, pero, de momento, la píldora es la opción más efectiva ¿no? ¿Gloria? —se movió incómoda al sentir cómo le tocaba el cuello del útero y se incorporó un poco para buscar sus ojos— ¿Qué pasa?

—Relájate, Chloe, por favor —siguió con la exploración y tras unos minutos se apartó sacándose los guantes de látex—. Ya es tarde para la píldora y para cualquier otra cosa, cariño, estás embarazada.

—¡¿Qué?! —se le subió el corazón a la garganta y miró al techo intentando respirar—. ¿Estás segura?

—Al cien por cien, pero te haré una ecografía. Tranquila, no llores.

—Es de felicidad, tengo muchas ganas de tener un bebé.

—Enhorabuena.

Gloria Hamilton se entretuvo en hacerle una ecografía, que confirmó un embarazo de cuatro semanas, y luego le mando una ristra de exámenes y unas pautas de alimentación y ejercicio. Todo parecía ir bien, y cuando salió de la consulta le costó horrores mantener la boca cerrada y no contárselo a Laura y a Paul como le apetecía, pero quería decírselo a Kenan antes que a nadie.

—Hola, mi amor, ¿va todo bien? —respondió a su llamada en el coche y él respiró hondo antes de hablar— ¿Qué tal con Inci?

—¿Dónde estás?, te he llamado cuatro veces.

—Tenía terapia y una cita con mi ginecóloga, te lo conté esta mañana, y lo siento, pero no vi tus llamadas.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Pasa algo?

—Estoy esperándote en tu casa, Chloe ¿a qué hora vienes?

—Unos diez minutos, aunque iba a pasar a buscar algo especial para la cena.

—No hace falta, ven de una vez ¿quieres?



# 14

—¿Qué pasa?

Entró en su casa, saludó a Benji, que fue el único que corrió a recibirla, y miró a Kenan, que se paseaba por el salón visiblemente alterado. Dejó el bolso en un sofá y dio un paso hacia él para darle un beso, pero él retrocedió y levantó una mano.

—Necesito hablar contigo en privado ¿puede ser aquí o nos vamos a otro sitio?

—¿Pasa algo?

—Chloe, por favor.

—Claro —se giró hacia Laura y Paul invitándolos a irse y en ese mismo instante supo que algo iba muy mal. Esperó a que se marcharan y buscó sus ojos con el corazón en la garganta—. ¿Si quieres podemos subir a mi cuarto?

—No, no quiero subir. Escucha... —respiró hondo—. He tenido una tarde horrible. Kimberly se presentó en el colegio de Inci y me montó un escándalo considerable, afortunadamente la niña estaba en clase de ballet, pero el efecto para mí es el mismo.

—Lo siento...

—Déjame hablar, por favor —subió el tono y ella se calló—. Ha decidido pedir la custodia exclusiva de Inci, ahora que está casada con un médico y tiene una casa enorme con todas las comodidades. Puede hacerlo y seguro que la conseguirá porque, según su abogada, yo tengo una vida desordenada, un piso de soltero pequeño e insuficiente para atender a mi hija, y un ritmo de vida inadecuado. He llamado a mi abogado y dice que me prepare para perderla y para luchar por conseguir alguna visita al mes, tal vez con supervisión, y a capricho de la madre.

—Tienes que buscar otro abogado, Kenan.

—Ese no es el puto problema, el puto problema es que es cierto, no tengo cómo

demostrar que soy un padre apto, con una vida estable, y como esto siga así, dice que su marido adoptará a la niña y no volveré a verla más.

—No puede hacer eso.

—Tú qué coño sabes.

—Mi padre es abogado y eso, estando su padre biológico y legal vivo, no puede hacerlo de buenas a primeras. No vivimos en una selva.

—Mira, no voy a discutir también contigo, estoy agotado, solo he venido porque...

—Y puedes mudarte aquí o compramos una casa en Brooklyn o en Long Island, lo que sea necesario, y podrás tener un hogar más grande, estable e infinitamente más cómodo que el que ellos puedan darle.

—No estoy pidiendo tu ayuda económica, Chloe. No me ofendas con eso.

—Nada más lejos que querer ofenderte —se limpió una lágrima rebelde y se desplomó en un sofá—. Solo intento que sepas que no estás solo en esto, que estamos juntos y que puedes contar conmigo para lo que sea. Podemos solucionarlo, podemos darle el hogar...

—No, no podemos, esto es un asunto mío, personal. No estoy insinuando que compres una mansión en Long Island y nos vayamos a vivir todos juntos para darle en las narices a mi ex.

—Vale, perfecto.

—Esto es algo que debo solucionar yo solo y, para empezar, tenemos que dejar de vernos, necesito concentrarme en todo este tema y dedicar toda mi atención a mi hija.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—No voy a involucrarte en mis problemas, no tienes porqué verte salpicada de la mierda que me rodea. No me parece justo.

—Las parejas están para eso, para apoyarse en los momentos difíciles, a mí no me importa...

—No somos una pareja, llevamos dos meses viéndonos y tú, mañana o pasado, te largas a rodar a Europa y no vuelvo a verte. Dejemos las cosas como están ¿quieres? Sinceramente, no tengo energía para lidiar con esto —agarró el

teléfono móvil de la mesa y Chloe lo miró sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo—. No llores, no vale la pena, dentro de una semana ni te acordarás de mi nombre.

—Si tú supieras —lo parafraseó y se puso de pie—. Adiós, Kenan y mucha suerte con todo.

—No se trata de ti, no hagas un drama de todo esto, por favor. Somos adultos, los dos tenemos experiencia, mucha vida detrás y no necesitamos una despedida lacrimógena.

—Sigues sin saber nada de mí, sigues subestimándome y pensando que no soy más que una actriz de cine famosa, con dinero, fama y sin sentimientos a la que todo le importa un carajo, pero ya no importa. Vete, por favor, yo tampoco tengo energía para lidiar con esto.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—Y no ayuda nada a que lo entienda, o pueda apoyarte, si me apartas de tu vida, pero bueno, no soy nada tuyo, me ha quedado clarísimo.

—Lo que ha precipitado este último conflicto ha sido precisamente el tenerte en mi vida, el salir en las putas revistas y televisiones de todo el país pasándomelo en grande contigo... —se detuvo y bajó la cabeza—. No quiero hacerte daño, pero esto es así, mi hija está por encima de cualquier otra cosa, de cualquier otra persona, tú lo sabes muy bien, y si para protegerla y mantenerla conmigo tengo que sacrificar a mi entorno lo hare. Inci es lo único que me importa.

—Por supuesto.

—Adiós... —dio dos pasos y se giró hacia ella, pero sin mirarla a los ojos—. Lo del domingo queda anulado, mi familia me apoya en esta decisión y lo mejor es que te olvides de todos nosotros.

—Muy bien.

—Le pediré a Paul que recoja algunas cosas mías que me dejé arriba y me las mande a casa.

Ella asintió, él también, y se quedó quieta, observando cómo se marchaba dando un portazo.

De pronto se sintió mareada, agotada, cayó de rodillas al suelo y se

dobló para llorar con toda el alma, como nunca lo había hecho antes, con un dolor tan concreto, y tan profundo, que se asustó.

*Dos años después...*

—Esto es increíble.

Se detuvo en la entrada a la Mezquita Azul, la mezquita más importante de Estambul, y levantó los ojos para admirarla en toda su magnitud.

—Tiene más de veinte mil azulejos azules en la cúpula, por eso se le llama Mezquita Azul —susurró su guía con una sonrisa—. Todos los azulejos fueron traídos de la ciudad de Iznik, la antigua Nicea, al noreste de Turquía.

—Maravillosa.

—La iluminación de la mezquita proviene de sus más de doscientas vidrieras y de las lámparas de araña que cuelgan del techo.

—¿En qué año se construyó?

—En el siglo XVII, entre 1609 y 1617.

—Mami...

—¿Qué, mi amor? ¿tienes sed? ¿y tú, Nicky?

Se inclinó para atender a los niños y su madre y la niñera se apresuraron en sacar de las mochilas los biberones con el agua. Ya tenían un año y cuatro meses, pero seguían usando biberón y negándose a probar el vaso de aprendizaje que les había comprado en la farmacia.

—Son guapísimos —la guía, que era una dama turca muy educada y cariñosa, se acercó y les sonrió—. Es una bendición tener gemelos, así se acompañarán siempre.

—De momento se ignoran la mayor parte del tiempo, pero poco a poco se hacen más caso.

—¿Cómo os llamáis?

—Nicholas y Alexander —contestó la abuela orgullosa y Chloe movió la cabeza—. Cumplieron un año el 18 de junio, ya son unos hombrecitos.

—Un año y cuatro meses, si son unos bebés.

—La verdad es que sí.

Chloe observó a sus hijos y se le llenó el corazón de amor. No podía quererlos más, era imposible amar más a una persona, y se inclinó para comérselos a besos.

El 18 de junio de año 2017, Nicholas y Alexander Miller habían nacido en el St Mary's Hospital de Londres. Su primera intención había sido dar a luz en casa con la ayuda de una matrona, un gran riesgo tratándose de gemelos, así que al final había desistido y había ingresado en el hospital más exclusivo de Londres para dar a luz a sus niños a través de una cesárea.

Cuando los bebés vinieron al mundo, ya llevaba siete meses viviendo en Inglaterra.

Tras el abandono de Kenan Yaman, al que por aquel entonces consideraba el único y gran amor de su vida, tuvo que entender que estaba sola con su embarazo, que él jamás la había querido, que ni siquiera la consideraba una novia o una pareja estable, y que lo mejor era alejarse de Nueva York y empezar a construir una nueva vida lejos de él y de su familia, que de pronto también le dieron la espalda como si tuviera la peste, y de cualquier recuerdo que le hiciera daño... y en aquellos días todo le hacía mucho daño.

En cuanto él salió por la puerta supo que nunca, jamás, le hablaría de su embarazo, ya bastante tenía él con sus dramas paternos como para involucrarlo en algo que no le incumbía en absoluto. No eran pareja, no le debía ninguna lealtad, ninguna amistad, la había tratado, otra vez, como a un zapato viejo, y ella tenía dignidad, una que a veces tardaba en reclamar lo suyo, pero la tenía, y sabía que no quería a ese hombre en su vida.

Kenan Yaman siempre había sido distante, hermético, siempre la había puesto en su sitio, nunca le había dicho un te quiero o le había hablado de un futuro juntos.

Mientras ella se enamoraba locamente de él, él continuó con los pies en la tierra y las ideas claras. Siempre la dejó al margen de su vida y, aunque la relacionó con su familia y la hacía sentir muy a gusto y protegida, la pura

verdad es que no la amaba, no la quería, y se lo había dejado meridianamente claro cuando rompió con ella de forma tajante y definitiva, tras dos meses compartiéndolo casi todo. Una verdadera pena.

Después de aquella horrible despedida, se pasó diez días en la cama, llorando, vomitando y durmiendo, sintiéndose sola y echándolo de menos. Diez días que acabaron cuando Laura llamó a su madre y ella apareció en Manhattan con su energía habitual para sacarla del abismo.

Mary Miller llegó a Nueva York decidida a arrancarla de la depresión y, cuando se enteró de su embarazo, los intentos se redoblaron, la sacó de la cama, la metió bajo la ducha y se la llevó al médico para hacer las pruebas y exámenes correspondientes. Veinte días después, sabiendo que lo que traía eran gemelos, cerró su casa, agarró su maleta, a su perro y se largó a Inglaterra.

No se despidió de nadie, tampoco de la que creía su amiga, Nihan Yaman, que nunca más contestó a sus llamadas o mensajes. Nihan se posicionó, por supuesto, al lado de su hermano y le dio la espalda sin mediar palabra, algo que ella no entendería jamás, y con ese otro dolor, dejó Manhattan destrozada y sin ganas de mirar atrás.

En Londres la cosa mejoró ostensiblemente. Contra todo pronóstico, Daniel Cunningham le prestó todo su apoyo y hasta su madre, una conocida ginecóloga británica, se hizo cargo de su embarazo.

Daniel, que en el fondo era un buenazo, la ayudó a buscar una casa preciosa en Chelsea, le consiguió decoradores y servicio doméstico de confianza, la visitaba con frecuencia y la obligaba a salir al teatro, a pasear o a visitar alguna exposición. Se comportó como un gran amigo, jamás podría olvidarlo, y como un gran caballero, porque cuando se publicaron sus primeras fotografías embarazada, iba paseando con él por Hyde Park y todo el mundo dio por hecho que el bebé era suyo, y él jamás lo desmintió, dándole con ese gesto una cobertura que la protegió del escándalo y las especulaciones sobre su maternidad en solitario durante meses.

En realidad, le importaba un carajo que supieran que era madre soltera. Estaba orgullosa de su embarazo, de sus hijos y de la decisión de criarlos ella sola, pero que Daniel no se desmarcara de su posible paternidad frenó durante mucho tiempo los chismes y los cotilleos a su costa, y eso no tenía precio. Lo

querría el resto de su vida por eso y, de hecho, era el padrino de Nicholas, que se llamaba Nicholas Daniel en su honor.

Su exmarido se había portado como un gran señor y todo su entorno cercano también. Sus padres estaban como locos con sus nietos, que eran los primeros que tenían, y se habían trasladado con ella a Inglaterra para ayudarla en sus primeros meses de vida, también su hermana Penny, Laura y Evelyn, que estaban encantadas de vivir en Londres y ayudarle con los gemelos, y todo su pequeño círculo social que era mínimo, pero que valían su peso en oro.

Gracias a todos ellos había superado la depresión y se había podido enfrentar al nacimiento de los niños fuerte y preparada. Dejó aparcado el trabajo un año entero y se concentró en sus preciosos angelitos, que eran el vivo retrato de su padre, aunque eso a ella le importaba bien poco. Le daba igual mirarlos y ver en los dos a Kenan Yaman en estado puro. Tenían sus ojazos oscuros, su pelo castaño y ondulado, sus rasgos, su sonrisa, eran como dos gotas de agua, y él era un hombre guapísimo, así que solo podía darle gracias mentalmente por la maravillosa aportación genética que había hecho a sus retoños.

—¿Se van a quedar muchos días en Turquía, señora Miller? —preguntó la guía y ella negó con la cabeza.

—Lamentablemente no, nos marchamos mañana.

—Es su cumpleaños —intervino su madre—. Hoy cumple treinta y uno y se quería regalar una casa con vistas al Bósforo.

—¿En serio?. Feliz cumpleaños.

—Muchas gracias.

—Una casa frente al Bósforo es el sueño de cualquiera.

—Bueno, es una idea, no sé si tendría tiempo ni de venir por aquí, pero me gustaría intentarlo.

—Llevamos cuatro días mirando propiedades, pero no le ha gustado ninguna. Tal vez la próxima vez —apuntó su madre sacando a los niños del carrito para que caminaran un poco.

—Y ¿por qué una casa en Estambul? ¿tiene ancestros turcos que no conozcamos?

—No —contestó Chloe siguiendo con los ojos a los enanos, que en cuanto



ponían pie en tierra se lanzaban como locos a caminar—. Yo no, pero el padre biológico de mis hijos sí, y me gustaría acercarlos a sus raíces.

—Eso es maravilloso.

—Bueno, de momento solo es una idea, ya veremos. ¡Niños!

Dejó a la guía con la palabra en la boca y corrió para cogerlos a los dos de la mano. Miró al frente y localizó la Mezquita de Santa Sofía a la par que dos figuras sospechosas levantaban las cámaras y empezaban a hacerles fotos.

Tenía advertidos legalmente a todos los medios, del mundo entero, sobre la publicación de imágenes de sus hijos. Cualquier movimiento en ese terreno era susceptible de ser denunciado y de momento estaban respetando su intimidad, pero Turquía era otro mundo, se lo habían advertido, y al parecer un par de *paparazzis* querían saltarse las reglas y captar imágenes de su visita a la ciudad. Una visita que estaba siendo muy promocionada por el propio Ministerio de Cultura turco, que le había cerrado monumentos para ella sola y le había puesto todos los medios, incluida una guía oficial privada, para que disfrutara junto a su familia, y a todo lujo, de su valiosísimo patrimonio artístico.

—Vamos, enanitos, vamos a buscar a la abu.

—Abu —repitió Alex y Chloe sonrió dando la espalda a los reporteros.

—Vamos a volver a la mezquita y ya nos vamos a comer. ¿Os gusta Estambul?

—¡Sí! —asintieron los dos muy convencidos.

—Me alegro mucho.

# 16

—¡Están guapísimos!

Gritó Rachel, su agente, desde Los Ángeles, y Chloe sonrió mirando en el ordenador las portadas de varias revistas donde aparecía con Nicky y Alex caminando frente a la Mezquita Azul. Las fotos se las habían hecho de espaldas, los niños estaban riquísimos, y la imagen en pleno Estambul era imponente, así que no tenía pensado demandar a nadie.

—La verdad es que están para comérselos —asintió y miró con atención, una vez más, a sus pequeñajos. Con sus pantaloncitos vaqueros, sus polos de distinto color, sus zapatillas de deporte, sus pelitos castaños y ondulados al viento, caminando con sus pasitos inseguros por ese esplendoroso paisaje, cada uno sujeto a una mano.

—Es la mejor edad, con los pañales debajo de los vaqueros. Deliciosos, Chloe, no me extraña que estés loca por ellos.

—Muerdo de amor ¿y tú cómo estás? —miró a Laura, que había dejado su teléfono en manos libres para que pudieran hablar las tres, y le guiñó un ojo porque sabía que apenas soportaba a Rachel.

—Oye, tía, y tú, menudo tipazo, Anna dice que quiere matarte... después de un embarazo de gemelos y estás más buena que antes. El vestido me chifla, ¿de quién es?

—De nadie conocido, lo compré en una boutique de Estambul, hacía mucho calor, necesitaba algo fresco y compré el primero que me gustó ¿Qué me cuentas?

—Acabas el rodaje con Branagh según lo previsto ¿no? Dicen que están encantados contigo, como siempre, tenemos pendiente la colaboración en Nueva York con Katherine Bigelow y Martin McDonagh quiere saber si estarías dispuesta a rodar fuera de Reino Unido, ah, y lo más importante, la gente de Nolan me ha mandado un guion.

—Mándame el guion de Peter y sí, creo que dentro de una semana está liquidado lo de Branagh. Si Dios quiere en diez días nos vamos a Manhattan y hago lo de Katherine, ya se lo he dicho a ella personalmente. Dile a Martin McDonagh que no podría estar más honrada de trabajar con él, pero que el año que viene lo tengo complicado, no voy a hacer más de dos películas y si es posible aquí en Londres, porque no pienso separarme de mis hijos.

—Puedes llevártelos de viaje mientras no empiecen a ir al cole. Todo el mundo lo hace.

—Yo no, no quiero hacerlos peregrinar por los rodajes, así que, de momento, sigo decidida a dedicarles todo mi tiempo. El trabajo es secundario, Rachel, al menos hasta que sean más mayores, ya lo sabes y espero que se lo transmitas a todo el mundo.

—Ok, no voy a intentar disuadirte, aunque Frank dice que eres una madre dependiente y controladora, y que necesitas desconectar trabajando.

—Dile a Frank que se meta en sus asuntos —sonrió y movió la cabeza— ¿Nada más?

—No, cariño, eso era todo. Sigue bien y manda besos a mis chiquitines.

—Adiós.

—Adiós, Laura, cuida bien de mi chica.

Laura colgó y se estiró en el sofá resoplando.

Desde el embarazo, hasta ese mismo día, la gente seguía presionándola con guiones y propuestas de trabajo, cuando había dejado clarísimo que necesitaba, que quería, dedicar tiempo a sus niños. Eran dos, ella una madre soltera y, aunque tenía una ayuda impagable al lado, ella era su madre, ella los necesitaba, ellos la necesitaban, y no pensaba renunciar a las mieles y sinsabores de la maternidad por el puñetero trabajo que ya bastante vida le había quitado.

—No te enfades, Laurita.

—Es que esta mujer es odiosa, lo único que la salva es que es la mejor agente de actores del mundo, pero, yo me pregunto, ¿y si no lo fuera?... seguro que estaría más sola que la una.

—Ay, Dios —se echó a reír, acarició a Benji, que se había acurrucado a su

lado, y puso la tele. Los niños estaban dormidos, su madre en una cena con unas amigas y podía darse el gusto de tomar una copa de vino tranquilamente antes de irse a la cama.

—Gracias a Dios mañana empiezas a las doce.

—Sí, que alegría.

—Vaya... —Laura se incorporó al ver que el móvil vibraba sobre la mesa y luego la miró con los ojos muy abiertos—. Es Nihan, Nihan Yaman.

—¿Qué?! —el corazón le dio un vuelco y se puso tensa.

—Paso de cogérselo.

—No, no, contesta y a ver qué quiere —Por supuesto pensó en Kenan, y se puso de pie muy nerviosa.

—Hola —pulsó el manos libres y se hizo un silencio—. Hola, ¿quién es?

—¿Laura?, soy Nihan, Nihan Yaman, no sé si te molesto o si estás o no en Nueva York, no sé nada, pero se me ocurrió llamarte porque necesito hablar con Chloe ¿Sigues trabajando para ella?. Su antiguo teléfono ya no funciona y en su casa tampoco...

—Claro que sigo trabajando para ella —interrumpió y Nihan suspiró.

—¿Y puedes pasármela?

—Estamos en Londres, aquí es tardísimo, no creo que pueda atenderte. Déjame el mensaje y mañana se lo paso.

—No, por favor, estuve el tiempo suficiente al lado vuestro como para saber que esa es tu respuesta automática para quitarte a alguien de en medio. No quiero dejarle un mensaje, es personal y muy importante. En serio.

—¿Estuviste el tiempo suficiente a nuestro lado?. No lo recuerdo, solo recuerdo que cuando ella intentó localizarte hace dos años, varias veces, no le contestaste ni a los WhatsApp —Chloe le hizo un gesto para que no siguiera por ahí, pero Laura ni la miró—. Así, pues, déjame el mensaje y ya se lo pasaré mañana, o mándale un email a su página WEB, adiós, Nihan.

—Me lo tengo merecido, lo sé, pero eran tiempos complicados y sé que Chloe lo entendería si me dejara explicárselo, sin embargo, hoy no quiero hablar de eso, necesito decirle algo muchísimo más serio. Por favor.

—... —Laura guardó silencio y Chloe asintió—. Espera, voy a ver si sigue despierta. No te aseguro nada.

—Muchas gracias, gracias, Laura.

Esperaron unos minutos eternos en silencio. Chloe se acercó a la ventana para comprobar que seguía lloviendo, respiró hondo, lo pensó bien y decidió que podía hablar con Nihan. Ya había pasado mucho tiempo y ella no era rencorosa, al contrario, necesitaba cerrar heridas y esa era una buena oportunidad para cerrar esa, además, parecía importante, así que se acercó a la mesa, se armó de valor y habló alto y claro.

—Nihan...

—Hola, Chloe, gracias por contestar ¿Cómo estás?

—¿En qué te puedo ayudar?

—Bueno, es un poco delicado, pero lo hago por mi madre. Anoche no durmí nada y hoy... en fin, lleva toda la mañana llorando.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Anoche vimos unas imágenes tuyas hechas en Estambul, por cierto, enhorabuena por tus hijos, no pude decirte nada en su momento porque... bueno, ya sabes... en fin... mi madre...

—¿Qué pasa?

—Mi madre dice que son nuestros.

—No entiendo —miró a Laura y ella se puso de pie.

—Es una forma de hablar, ella dice que son nuestros, de nuestra familia, que son Yaman. Dice que son idénticos a Kenan cuando era pequeño, por lo tanto, cree que tus gemelos son hijos de mi hermano, sus nietos. Hasta ayer no habíamos visto ninguna imagen de ellos y, aunque se os ve de espaldas, andando y paseando por la Mezquita Azul, ella jura que son de Kenan. A la pobre casi le da un infarto.

—¿Solo con verlos de espaldas? —fingió un tono de lo más ligero, aunque era ella la que estaba sufriendo un principio de infarto, y se desplomó en un sofá—. Esto es muy extraño, no entiendo nada, Nihan, no sé ni qué responder a eso y aquí es tardísimo, así que...

—Dime la verdad ¿son de Kenan?

—¿En serio?

—Supongo que no tengo derecho a preguntarte algo tan personal después de lo que pasó, pero es vital para la tranquilidad de mi madre, y la nuestra, porque lleva horas muy afectada.

—Lo que pasó, como tú lo llamas, fue tan doloroso, y a mis ojos tan injusto, que no había vuelto a pensar en tu hermano, ni en ti, en dos años, y ahora no pretendo hablar de la paternidad de mis hijos con una perfecta desconocida. Esto es completamente absurdo y, lo siento por tu madre, que no tiene culpa de nada, pero me parece increíble que me llames a estas horas de la noche para preguntarme semejante barbaridad. Adiós, Nihan.

Colgó y se tapó la cara, sintió la mano firme de Laura en la espalda y se echó a llorar pensando en las consecuencias que podría traer aquello, aunque se recompuso rápido. Sabía que nadie podía obligarla a revelar algo semejante y, además, tenía perfectamente blindada la situación jurídica de sus hijos, que eran solo suyos, y en cuya partida de nacimiento aparecía en la casilla de padre: desconocido.

Se puso de pie limpiándose la cara con la manga del jersey y cuadró los hombros intentando espantar los fantasmas de un pasado que no permitiría volver a sobrevolar su vida.

—No pasa nada, una chorrada como cualquier otra. La gente es increíble, en serio. Me voy a dormir. ¿Qué? —la observó de arriba abajo y Laura tragó saliva extendiéndole su Tablet.

—No te va a gustar.

—¿Qué pasa ahora?

Miró la pantalla y vio el titular del periódico The Sun del día siguiente:

*“El padre biológico de los gemelos de Chloe Miller es un hombre de origen turco —confirma Fátima Yilmaz, la guía oficial del ministerio de cultura que la acompañó durante su visita turística por Estambul—. La señora Miller me dijo que soñaba con comprar una casa frente al Bósforo porque quiere acercar a sus hijos a las raíces de su padre”*

—La madre que la parió.

Bufó y leyó el pie de una foto dónde aparecía con Daniel paseando por Londres— “¿*Qué tendrá que decir Daniel Cunningham al respecto?*”  
—Mierda.

# 17

—¿Dónde te metes?

—Estoy trabajando, Nihan ¿qué quieres? ¿Va todo bien?

—Va todo bien, bueno, no lo sé. Tenemos que hablar.

—¿Mamá está bien?

—¿Has visto las imágenes de Chloe Miller en Estambul?

—No —oír ese nombre le produjo la reacción de siempre, es decir, de desazón, y se apartó un poco del vestíbulo dónde estaba esperando a un cliente, frunciendo el ceño—. Y no puedo hablar ahora, estoy en Washington.

—Llámame en cuanto puedas, Kenan, es importante.

Su hermana colgó y él volvió al impresionante hall del Ritz-Carlton Georgetown de Washington, dónde su cliente, un banquero europeo de visita en los Estados Unidos, estaba a punto de aparecer.

Se arregló la corbata y cuadró los hombros intentando concentrarse en el trabajo, algo imposible cuando Chloe Miller aparecía en la palestra. Esa misma mañana, desayunando, había visto su imagen de refilón en televisión y había cambiado de canal. Al parecer estaba rodando una gran producción cinematográfica con un director muy importante de Gran Bretaña, dónde vivía desde hacía dos años, desde que se habían separado, desde que la había dejado más preocupado por el futuro de su hija, que por esa relación impetuosa, apasionada y llena de sensualidad que habían establecido sin ningún esfuerzo.

Trabajar con ella ocho meses ya había puesto su vida del revés, porque era imposible permanecer impasible ante esa mujer, que era preciosa, sexy, divertida, inteligente, fuerte y con mucho talento. Era directa y complicada como cliente, pero como mujer era excepcional, y haber acabado siendo amantes había sido un regalo inconmensurable... aún la deseaba, aún añoraba su piel, su cuerpo perfecto, su boca jugosa y generosa, sus besos, su voz, y esa



forma natural y tan intensa con la que se entregaba, con la que lo amaba, porque nunca había ocultado que se había enamorado de él.

Hacer el amor con ella no tenía parangón, ese había sido su mayor enganche, eso quería pensar, y por eso no la podía olvidar, aunque el haber roto con ella, algo que tarde o temprano iba a suceder, había sido la mejor decisión de su vida.

Se había vuelto loco por ella, pero, lo supo siempre, desde el minuto uno lo tuvo claro, sabía que acabarían separados y si te he visto no me acuerdo. Chloe Miller era una puñetera estrella de cine. Era rica, famosa, preciosa y deseada por millones de personas, y no iba a sostener por mucho tiempo un romance con un ex escolta que, además, cargaba con una mochila llena de problemas familiares que lo convertían en un tipo incómodo y aburrido.

En dos meses había intentado llevar una vida normal con ella, habían salido, viajado, se habían separado poco, pero ese ejército de personas que la rodeaban, la prensa que los acosaba y todo lo demás, lo había superado rápido. Con o sin sus problemas por culpa de Kimberly De Luca, lo suyo estaba destinado a fracasar, y mejor antes que después.

La puta lástima es que no podía dejar de pensar en ella e incluso no había vuelto a salir más de una vez con la misma mujer, y aquello era inhumano, triste y hasta poco saludable. Necesitaba encontrar a alguien, enamorarse y sentar la cabeza, necesitaba olvidar a la dichosa señorita Miller, a la que veía a diario en la prensa, en la calle sonriéndole desde enormes carteles publicitarios, o en la televisión.

Eso no hay cuerpo que lo aguante, le decía su hermano, y tenía razón.

Vio aparecer al cliente y lo escoltó hasta el coche, se subieron al vehículo y en el camino al aeropuerto se cruzaron con dos vallas publicitarias de Chloe Miller, la primera de una película y la segunda de un perfume carísimo, de una marca francesa que la había fichado después de su embarazo, porque encima eso, había tenido unos gemelos con otro tío del que se negaba a dar su nombre, pero que todo el mundo suponía era el gilipollas de su ex, Daniel Cunningham. Había estado con él dos meses y a los diez minutos había tenido hijos con otro. Algo demasiado duro y jodido como para soportarlo con algo de tranquilidad. Cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo sobre humano, olvido a la

mujer de sus sueños, y se concentró en el trabajo.

—Nihan, no quiero saber nada de la señora Miller, solo te llamo porque...

—¿Ya estás en Nueva York?

—Estoy en casa, en Brooklyn, me cambio y voy a ver a mamá.

—Ok, eso está mucho mejor, te espero aquí.

Sin más explicaciones le colgó y él se metió bajo la ducha cada vez más intrigado, se vistió, mandó un mensaje a Inci, luego salió a la calle y se encaminó a casa de su madre sin entretenerse demasiado, entró por la puerta trasera, se fue directo a la cocina y ahí se las encontró a todas, a sus tres hermanas y a su madre, con cara de funeral alrededor de la mesa.

—¿Qué pasa? Me estáis asustado.

—Me alegro, porque es algo serio.

—¿De qué estás hablando, mamá?

—Tengo dos nietos que quiero recuperar y tú te encargarás de hacerlo.

Le acercó varias revistas dónde Chloe Miller aparecía de espaldas, caminando delante de la Mezquita Azul en Estambul. Estaba preciosa, muy sexy, con un vestido de verano en tonos azules, sandalias planas, el pelo claro recogido en un moño y un niño en cada mano. Los pequeñajos ya caminaban e inconscientemente se preguntó qué edad tendrían, porque la fecha de su nacimiento seguía siendo todo un misterio.

—¿Qué pasa con ella?

—Esos niños son nuestros, son Yaman, si no lo ves es que estás ciego.

—Mamá...

—Son tus hijos, Kenan, no tengo la menor duda —le acercó el álbum de fotos dónde salía andando a esa misma edad, de la mano de su padre, y tuvo que reconocer que el parecido era bastante razonable—. Tu pelo, tus andares, son tuyos.

—¿Qué andares? En las fotos no...

—Hemos visto el reportaje en video, lo han sacado mil veces por televisión. Ya está en YouTube —Nadia le acercó la Tablet y se lo enseñó—. Ese pelo es Yaman, es inconfundible, y mamá tiene razón, son tuyos. Creo que es obvio.

—Madre mía —se pasó la mano por la cara y se le subió el corazón a la garganta.

—Y eso no es todo, lee esto: “*El padre biológico de los gemelos de Chloe Miller es un hombre de origen turco* —confirma Fátima Yilmaz, la guía oficial del ministerio de cultura que la acompañó durante su visita turística por Estambul—. *La señora Miller me dijo que soñaba con comprar una casa frente al Bósforo porque quiere acercar a sus hijos a las raíces de su padre*”

—Portada del periódico The Sun de esta mañana. No se habla de otra cosa ¿En qué mundo vives?

—He estado trabajando —leyó aquello y volvió a mirar con atención a los niños que, en realidad, eran Yaman por los cuatro costados.

—¿Por qué te habrá ocultado algo tan serio? —quiso saber Nihan— ¿Nunca te insinuó nada? ¿Lo hacíais con protección?

—¿Perdona? —La miró horrorizado.

—No te ofendas tanto, es una pregunta normal, algo deberías pintar tú en todo eso —bramó Nadia y él se puso las manos en las caderas—. Kenan ¿podrían ser tuyos? ¿existe esa posibilidad? ¿hay una probabilidad real de que la dejaras embarazada?

—Sí —contestó rotundo, pensando en las veces que habían tenido algún desliz en ese sentido y las cuatro bufaron como confirmando la evidencia.

—Dos más dos, esos niños son tuyos. En realidad, Chloe nunca ha dicho la fecha exacta de su nacimiento, no consta en ninguna parte, y se marchó a Londres nada más romper contigo, así que...

—Haz lo que tengas que hacer, Kenan, pero quiero a mis nietos de vuelta, al menos quiero que sepan que tienen a su familia aquí, que tienen un padre, una abuela, unos tíos y unos primos. Me da igual los problemas que llegaras a tener con esa muchacha, me da igual que sea famosa, lo único que me importa ahora es aclarar este asunto.

# 18

—Cielo, maravilloso. Muchas gracias.

Kenneth Branagh se le acercó tras decir corten, y le besó las manos. Ese hombre, que era un director increíble, siempre la trataba de maravilla, era muy fácil trabajar con él, y le agradeció el gesto ejecutando una pequeña reverencia.

—Gracias a usted, milord.

—Una hora y te volvemos a llamar, prometo dejarte libre antes de las cuatro de la tarde. Come algo.

—Gracias.

Se sujetó la falda del vestido victoriano que llevaba puesto y se acercó al área del catering dónde había una zona vegana con muy buena pinta. Laura se había empeñado en que le trajeran la comida de uno de sus restaurantes favoritos de Londres y se lo agradeció mentalmente, porque esa mañana no estaba con ella en el rodaje, se había quedado en casa para supervisar las obras de su futuro solárium.

Miró el maravilloso entorno que la rodeaba, una fabulosa mansión del siglo XVIII, enclavada en el corazón de Buckinghamshire, que por un momento calibró en comprar, y luego decidió comer al aire libre acompañada por Elizabeth, su coach de acento británico, que era una tía estupenda y una madre con la que siempre podía hablar de niños, papillas, pañales o biberones.

—Señorita Miller —un guardia jurado vestido de uniforme se le acercó muy cortés y ella lo miró con cara de pregunta—. Siento importunarla, pero hay alguien en la entrada que pregunta por usted, dice que es personal.

—¿Por mí?. Imposible.

—Le aseguro que es así, señorita.

—A lo mejor te traen algo —opinó Elizabeth.

—Ok, pues no está mi ayudante, voy a localizar a mi escolta. Un momento, por favor.

Se puso de pie con el teléfono en la mano y llamó a Peter, su escolta, para que se hiciera cargo de la visita, pero él le contestó desde el *parking* externo diciéndole que estaba cambiando el coche de lugar y que tardaba al menos diez minutos en llegar. Ella le colgó y caminó hacia la entrada de esa zona acotada y privada dedicada al rodaje y entonces lo vio, imposible no verlo, y se quedó sin aire en los pulmones.

Kenan Yaman en persona, con su más de metro noventa de estatura, esa pinta espectacular que solía tener y vestido de sport, esperando al lado de la garita de seguridad con las manos en los bolsillos. Llevaba vaqueros desteñidos y una chaqueta de ante marrón, gafas de sol y el pelo castaño sujeto en su coleta *hipster*.

No se lo pensó dos veces, se sujetó la falda de seda del vestido y caminó hacia él decidida. No tenía nada que ocultar, no podía parecer insegura, ni maleducada, y decidió sobre la marcha que lo mejor era encararlo de una vez porque, lógicamente, se imaginó de inmediato el motivo de su inesperada visita.

—Señor Yaman, buenos días —se acercó mirándolo a los ojos y él reculó un poco sorprendido.

—Chloe...

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Volvemos a tratarnos de usted?

—Creo que nunca debimos de dejar de tratarnos de usted.

—Ok, lo siento —se sacó las gafas de sol y le clavó esos inmensos ojos marrones, idénticos a los de sus hijos, y ella sintió un escalofrío por toda la espalda—. Tengo que hablar contigo.

—Estoy trabajando —se miró el traje de época, se tocó el recogido primoroso que llevaba y Kenan asintió—. Si llamas a Laura, ella puede...

—La he llamado mil veces y no me contesta, por eso he cogido un maldito avión y he cruzado medio planeta para verte en persona.

—Vaya... —frunció el ceño ante el tono y él respiró hondo.

—Tú y yo sabemos por qué estoy aquí y te pido, te suplico, que me dediques diez minutos de tu valioso tiempo. Por favor.

—¿Crees que después de dos años, y de cómo me trataste la última vez que nos vimos en Manhattan, tengo tiempo para esto? ¿En serio?

—No te traté de ningún modo, Chloe... —se calló al ver su cara de espanto y bajó el tono—. Si no creyera que me merezco unos segundos de tu tiempo, no hubiese movido un montón de contactos para encontrarte en este rincón perdido del mundo.

—Vale, genial, tienes un gran concepto de ti mismo, y eso es bueno, pero no para mí. Estoy trabajando, estoy ocupada y lo último que hubiese querido en la vida es volver a verte. No tengo nada más que hablar contigo. Adiós.

—Tenemos dos hijos, ni siquiera lo sabía y ahora necesito que me mires a los ojos y me lo confirmes.

—¿De dónde sacas eso?

—Vamos, no insultes mi inteligencia negando la evidencia.

—¿Lo has leído en la prensa?

—Cuándo te vi embarazada en las revistas di por hecho que era de Cunningham, como todo el mundo. Me jodió, pero ya no estabas conmigo y enterré el tema, pero ahora he visto las fotos de Estambul, las declaraciones de esa funcionaria y... sé sumar dos más dos, Chloe.

—¿Señorita Miller? —una chica de producción se acercó, buscó sus ojos y ella la miró al borde del desmayo—. ¿Está usted bien?

—¿Qué pasa?

—Vamos a empezar.

—Ok, gracias, ya voy.

Dio un paso atrás y observó a Kenan Yaman con ganas de echarse a llorar, pero se contuvo y respiró hondo varias veces antes de hablar. Miró a su alrededor y vio que había mucha gente pendiente de ellos, así que se le acercó y le habló con toda la calma que fue capaz de reunir.

—Tengo trabajo, no puedo hacer esperar al equipo, sin embargo, si quieres, luego podemos hablar, dame tu número de teléfono.

—No voy a moverme de aquí, tampoco tengo a dónde ir. Esperaré.

—Puedo pedir que te desalojen.

—Pero no lo harás.

—Mira... —se le acercó y lo señaló con el dedo—. No me lo pongas difícil, Kenan, porque yo te lo puedo poner mucho peor. Mis hijos tienen un padre biológico que eres tú, no voy a negarlo, pero eso no significa nada en absoluto. Ellos son míos y de nadie más y, si tú solo necesitabas confirmar la evidencia, pues ya la tienes confirmada. Ahora puedes largarte de vuelta a casa con las personas que de verdad te importan y dejarnos a nosotros en paz. Si hace dos años mi presencia en tu vida te perjudicaba, hoy por hoy, con mis hijos de por medio, mucho más. Adiós.

—Gracias —soltó con lágrimas en los ojos y ella parpadeó sorprendida.

—Ok... debo irme.

—Eres la mejor madre que podía soñar para mis hijos, Chloe, y saber que ellos... en fin... —se enjugó las lágrimas con la manga y Chloe sintió perfectamente cómo se le caía el alma a los pies— ¿Cómo se llaman?, dicen que Nicky y Alex, pero... ¿cuándo nacieron?, en ninguna parte aparece la fecha exacta.

—Nacieron el 18 de junio del 2017 en Londres. Nicholas nació a las 12:12 de la mañana y Alexander tres minutos después —se echó a llorar y se puso las manos en las caderas—. Son unos chicos estupendos, muy listos, muy cariñosos, y se parecen muchísimo a ti.

—Madre mía... —miró al cielo intentando atajar las lágrimas y Chloe siguió el movimiento con el corazón encogido—. Gracias.

—De nada. Tengo que trabajar, la maquilladora me va a matar. Adiós, Kenan.

—No tengo ningún derecho, pero me gustaría conocerlos.

—Kenan...

—Creo que en otra vida lo hice todo mal, porque en esta nació para estar apartado de mis hijos, pero... en fin... tengo derecho a intentarlo.

—¿Señora?

Peter, su escolta, llegó a su lado y le preguntó si estaba bien, ella asintió y giró

hacia el set de rodaje acompañada por la chica de producción, allí la maquilladora puso el grito en el cielo y la maquilló otra vez mientras le repasaban el peinado y le alisaban el vestido.

Se puso delante de la cámara y clavó la secuencia que le faltaba, repitieron solo una vez y Branagh dio por acabado su trabajo. Todos aplaudieron y ella siguió sin reaccionar, como en trance, incapaz de quitarse de la cabeza los ojos de dolor de Kenan Yaman, el hombre al que más había querido en toda su vida.



# 19

—¡No me jodas!

Exclamó Laura y se quedó quieta, con la boca abierta, cuando vio que se bajaba del coche con Kenan Yaman.

No había tenido corazón para dejarlo tirado en Buckinghamshire y había decidido invitarlo a su casa y no dilatar más una situación que pensaba resolver de todas maneras.

Ella no era Kimberly De Luca, ella no era de esas mujeres que utilizaban a sus hijos para manipular o hacer daño a sus parejas, o exparejas. Odiaba ese perfil de tías que pretendían perjudicar, o conseguir a un hombre, a través de los niños. Eso era patético, antiguo y estúpido, y ya que Kenan se había enterado de la existencia de Nicky y Alex, y ella le había confirmado que eran suyos, pensaba hacer las cosas bien, como la mujer adulta y responsable que era.

—Hola, Laura ¿qué tal?

—¿De dónde sales tú, Kenan?

—Fue a buscarme al rodaje ¿dónde están los niños? ¿ya han vuelto del parque?

—¿Al rodaje?

—Sí, y viene a conocer a sus hijos.

—¿Sus hijos?! —Exclamó Laura y los siguió con los ojos sin poder dar crédito a lo que estaba pasando.

Chloe, que se había pasado casi todo el trayecto en coche a Londres en silencio, mirándolo de reojo y percibiendo perfectamente el tenue y delicioso aroma de su colonia, entró en el salón y le hizo un gesto para que la siguiera al jardín trasero.

Afortunadamente, algunas de esas propiedades de Chelsea tenían un jardincito estupendo en la parte de atrás, y en el suyo los gemelos se lo pasaban en

grande, incluso en verano habían puesto una piscina de plástico, y se imaginó que, a esas horas, antes del baño, estarían entretenidos con la abuela y la niñera.

—¡Mami! —gritaron los dos al verla y ella se puso de rodillas para abrazarlos y comérselos a besos.

—¿Qué estáis haciendo, granujillas?

—¿Kenan? —su madre dio un paso y se puso la mano en la boca mirando al ex escolta— ¿Qué haces tú aquí?

—Mary, encantado de verte.

—Ha venido a conocer a los niños. Mirad chicos, este es mi amigo Kenan y tenía muchas ganas de conoceros ¿le decís hola?

—Hola, hombrecitos —él se arrodillo a su lado, rozándole la pierna y tratando de no llorar, y los pequeños lo miraron con atención—. Sois unos chicos muy mayores ¿cuántos años tenéis?

—Uno —dijeron al unísono y enseñando sus deditos, y él soltó un bufido y se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas.

—Guau, qué mayores.

—Tienen un año y medio —sonrió Chloe— ¿Le dais un abrazo a Kenan?

—¡Sí!

Soltaron los dos muy convencidos, se le acercaron y lo abrazaron con mucha fuerza, como solían hacer con todo el mundo, pero él no lo sabía, y se echó a llorar a la par que los estrechaba contra su pecho besándoles la cabeza.

Chloe se sentó en el césped y miró a su madre, que también lloraba como una magdalena, y resopló sintiendo como un enorme peso la abandonaba reconciliándola con el mundo. Era importante para los niños conocer a su padre, para él mucho más, y supo, sin ningún género de dudas, que acababa de hacer lo correcto.

—Estoy muy orgullosa de ti —su madre entró en la cocina y se la quedó mirando—. Lo mejor que podías hacer era contarle lo de los niños.

—Se presentó en Buckinghamshire con las ideas claras, yo no dije nada, salvo confirmarle lo que ya sospechaba.

—Pero lo has hecho, podías haberte negado o...

—No te creas, mi primer impulso fue negarlo, pero no le podía hacer eso, y a los niños tampoco.

—Están como locos con él, es muy niñoero.

—Es un tipo familiar, ya te lo había dicho.

—¿Y habéis hablado de vosotros?

—¿De nosotros?

—De lo que pasó.

—No, eso ya es agua pasada. No hay un nosotros, nunca lo hubo, así que no hay nada de qué hablar...

—Ya se han dormido —Kenan entró en la cocina seguido por la niñera y las miró con su sonrisa de anuncio. Chloe asintió y se concentró en sacar la cena del horno—. Son incansables.

—Un poco brutos, pero los chicos son así. Yo solo he tenido niñas, pero es lo que dicen —Mary cogió una copa de vino y se despidió con la mano—. Voy a llamar a tu padre, hasta luego.

—Buenas noches.

—Chloe, yo también me voy, he quedado con Susy para ir al cine.

—Claro, Roberta, pasadlo bien. ¿Sabes dónde está Laura?

—Tenía una cita.

—Ah, claro, gracias.

Puso la bandeja con lasaña encima de la mesa de la cocina, intentando no pensar en que Kenan Yaman estaba allí, en carne mortal, y derrochando ese encanto masculino que siempre la había descolocado, y sacó dos platos, los puso encima de unos individuales, respiró hondo y lo miró a los ojos. Él la estaba mirando fijamente y se puso un poco nerviosa, pero lo disimuló bien y se sentó en una silla.

—Si te gusta la lasaña, coge un poco. Ha quedado muy buena.

—Has conseguido un hogar perfecto aquí —se lavó las manos y luego se sentó frente a ella—. Es muy bonito, y muy acogedor, supongo que habrá sido muy

difícil al principio con dos bebés.

—He tenido mucha ayuda.

—Me imagino, pero seguro que tú estabas en todo.

—Era lo que más me apetecía en el mundo.

—Siempre has sabido cuidar y hacer feliz a la gente que te rodea.

—¿Qué tal está Inci? —cambió de tema y él tomó un trago de agua sin quitarle los ojos de encima— ¿Pudiste solucionar los problemas con su madre?

—Cambié de abogado —sonrió, pero ella se mantuvo seria—. Un cliente se hizo cargo de mi caso y la denunciarnos por incumplimiento del convenio regulador. Tardamos mucho, la niña y nosotros tuvimos que pasar por un peritaje psicológico, pero gracias a Dios al final, tras un año de pleitos, conseguí mantener la custodia compartida y el cumplimiento de las visitas.

—Me alegro mucho.

—Ella ha tenido otra hija y eso ha contribuido a establecer un poco la paz. Supongo que después de diez años jodiéndome la vida sigo sin fiarme demasiado, pero ahora, al menos, no tolero nada y cualquier conflicto se soluciona a través de los abogados.

—Como tiene que ser.

—Exactamente, tú me lo dijiste desde un principio, pero vivía completamente manipulado y no supe gestionarlo. Lo siento mucho.

—¿Qué?

—Siento mucho que la locura de vida que llevaba por culpa de Kimberly nos separara.

—Yo creo que había mil cosas más que nos separaban, no era todo culpa de Kimberly ¿Quieres un poco de vino?

—¿Mil cosas más?

—¿Tenemos que hablar de eso después de dos años?

—Por favor.

—Tú sabes mejor que yo que era lo que nos separaba porque, en realidad, fuiste tú el que rompió conmigo argumentando que no éramos una pareja, que

teníamos vidas diferentes, que no me querías en tu vida, ni volver a verme. Yo, hasta ese mismo momento, estaba feliz contigo, enamorada y soñando con mil planes de futuro, y sí creía que tenía una pareja, pero... no quiero hablar de esto —se levantó y buscó una servilleta de papel para enjugarse las lágrimas—. A mí me sigue haciendo daño, lo siento.

—A mí también me hace daño, por eso necesito...

—Sinceramente, Kenan, me importa poco lo que necesites. Fue horrible lo que pasó, acababan de decirme que estaba embarazada y tú, el amor de mi vida, me dejaba de repente, gritándome un montón de cosas y recordándome que no éramos nada y que yo no te importaba un carajo.

—No era lo que sentía, no lo era, te lo juro por Dios. Solo estaba protegiéndote.

—¿Qué?! ¿protegiéndome? —soltó una risa y él se puso de pie— ¿Sabes cuántos tíos dicen eso para quitarse a una mujer de encima?

—No es mi caso, yo no soy así y tú lo sabes. Tú me conoces.

—Yo no te conozco en absoluto, pero es igual. Suficiente por hoy, estoy agotada, me voy a la cama. Te puedo pedir un coche, si quieres.

—Kimberly me dijo que iba a pedir la custodia exclusiva alegando que yo no era apto para cuidar de mi hija, no solo porque no tuviera una casa familiar o un trabajo de nueve a cinco, fundamentalmente porque estaba contigo y ella consideraba que no eras una buena influencia para la niña. Amenazó con llevarte ante un tribunal para que te pidieran pruebas toxicológicas y psicológicas que demostraran si estabas capacitada o no para compartir tiempo con Inci.

—No puede ser cierto.

—Para su abogada y para ella una estrella de tu importancia no tenía una vida ordenada, ni saludable, ni moralmente decente, y amenazó con hacer el proceso público. Es capaz de todo y no podía permitir que te perjudicaran por mi culpa, por eso...

—Soy la persona psicológica y físicamente más saludable del mundo, me hubiese dado igual que me llevaran ante un tribunal para hacerme esas pruebas, si es que algún juez hubiese admitido semejante estupidez. Son argumentos absurdos y pasados de moda, producto de la ignorancia y el

prejuicio.

—Ahora lo veo, pero en ese momento no. Es lo que tiene el miedo, te paraliza, y opté por sacarte de mi vida, pensé que era lo mejor para ti.

—A la que deberías denunciar por conducta inmoral, por manipulación y utilización de una menor es a ella. No sé cómo nunca la has llevado delante de un juez por todo lo que te ha hecho pasar. Sin contar con el daño psicológico que le ha infringido a vuestra hija por culpa de esta guerra absurda que mantiene contra ti. ¿Qué le has hecho para que te odie tanto?

—Era mi novia en el instituto, rompimos cuando me fui a la universidad, volvimos cuando me alisté en los Marines, rompimos mil veces más y cuando me licencié se quedó embarazada. No quería un hijo con ella, y encima no creía que el bebé fuera mío, así que pedí una prueba de paternidad. Ese gesto sumado al hecho de que no me quise casar con ella desató la tercera guerra mundial.

—Una guerra muy larga.

—Si no estuviera Inci, yo...

—Ok, lo entiendo.

—Lo irónico es que esta mañana llegué a Londres pensando en que iba a tener que pelearme contigo, contratar un abogado y exigirte unas pruebas de paternidad, esta vez para demostrar que tus hijos sí eran míos, pero...

—Gracias a Dios yo no soy Kimberly De Luca, ni nadie parecido a ella.

—Gracias a Dios y te amo por eso.

—Kenan... —se cruzó de brazos y tragó saliva—. No, por favor.

—Estaba enamorado de ti mucho antes de conocerte y después, cuando trabajé para ti, cuando conviví contigo y llegué a conocerte de verdad, supe que te amaría el resto de mi vida.

—Hace dos años hubiese matado por oír eso —en enjugó las lágrimas y forzó una sonrisa—. Ahora es un poco tarde, han pasado muchas cosas, lo he pasado fatal y no pienso dar ni un solo paso atrás.

—¿Hay otro hombre?

—No tienes ningún derecho a preguntarme eso.

—¿Es Daniel Cunningham?

—Daniel es un buen amigo que en mis momentos más bajos me tendió la mano, me acogió en su ciudad y me facilitó las cosas. Me protegió y se preocupó de mí cuando tú me echaste a patadas de tu vida.

—Si me hubieras dicho que estabas embarazada...

—Entonces te habrías quedado conmigo por los niños, no por mí, y eso es lo último que una mujer puede desear.

—Yo te amaba, Chloe, todo lo hice por amor.

—Pues lo disimulabas muy bien. Nadie me ha tratado, en toda mi vida, con tanta distancia como tú.

—Estaba muerto de miedo, nunca me había enamorado y tú, joder, tú eras Chloe Miller.

—Solo era una chica locamente enamorada de ti, Kenan y tú lo sabías, porque nunca te lo oculté.

—Lo siento, me equivoqué en todo. Lo siento mucho.

—Está bien, gracias por explicarme lo que pasó, creo que a partir de ahora podré empezar a superarlo —le sonrió y cogió el teléfono móvil— ¿Tienes hotel o vas a buscar uno? Tengo una suite en el...

—¿Qué pasará a partir de ahora con los niños?

Susurró con una congoja enorme y Chloe observó su aspecto de dios turco, sus brazos fuertes y acogedores, ese cuerpo que había deseado tanto, su boca, su cara, y por un momento tuvo el impulso de mandar todo al carajo y saltar a sus brazos, pero se contuvo y se obligó a recordar por todo lo que había pasado.

—Por mi parte podrás verlos siempre que quieras, a ellos les vendrá bien tenerte en sus vidas, pero debes tener claro que no habrá convenios reguladores, ni visitas programadas, ni abogados. Nicholas y Alexander son míos, solo míos, llevan mi apellido y su padre biológico, a efectos legales, no existe. Eso está muy atado, mi padre se ocupó de blindarlos legalmente, y no pienso pleitear contigo.

—¿No sabrán que soy su padre?

—Demos tiempo al tiempo, acabas de aparecer en nuestras vidas.

—Ok —se estiró y sacó el móvil—. Tengo hotel, llamaré a un coche.

—No, yo te llamo uno, vendrá en seguida —se concentró en la aplicación y notó como se le acercaba demasiado.

—Te quiero, siempre te he querido y no pienso rendirme contigo. Fueras o no la madre de mis hijos, te querría igualmente, y si he venido es para recuperaros a los tres.

—Kenan.

—Muchas gracias por todo. Esperaré fuera.

Se inclinó, le besó la cabeza y salió de la casa con paso firme. Chloe lo siguió con los ojos y tuvo que sujetarse a la encimera para no caerse al suelo.



## 20

25 de diciembre. Navidad en Nueva York y Chloe Miller creía estar viviendo su propio cuento de navidad.

Bajó las escaleras hacia la primera planta del dúplex, seguida por Benji, y se encontró a sus padres frente al enorme árbol, tomando una taza de chocolate mientras charlaban tranquilamente, les sonrió y repasó con los ojos los regalos que ya estaban montados para los niños: un triciclo para cada uno y un tren de plástico con su gran vía circular. Lo demás eran todo paquetes primorosamente envueltos por ella misma, porque se había negado en redondo a contratar una empresa de esas que te envolvían los regalos de navidad.

Cuando no era madre y tenía muchas prisas pagaba por ese servicio, pero ya no, ahora disfrutaba como una loca de montar el arbolito, de comprar y envolver los regalos personalmente. Era una gozada y no pensaba renunciar a ello.

—¿Ya estarán por despertar? —preguntó su padre.

—En seguida.

—Será el último año que no los tendremos a las seis de la mañana bajando a ver qué les ha traído Papá Noel, el próximo año seguro que ya entienden de qué va esto de la navidad y lo disfrutan más —apuntó su madre— ¿Quieres un chocolate?

—Sí, pero yo me lo sirvo, no os mováis.

Fue a la cocina, le puso un cuenco con comida a su perro y se sirvió una taza de chocolate pensando en los últimos dos meses, que habían sido una verdadera locura.

Hacía dos meses que Kenan Yaman había vuelto a su vida y apenas se habían separado de él. En Londres se había integrado inmediatamente a sus rutinas, llegaba pronto para ocuparse de los niños, se iba tarde, después de acostarlos, y así durante una semana, el tiempo que tardó en decirle que tenía previsto

volver a Manhattan para cumplir con algunos compromisos profesionales y pasar la navidad con sus padres. Él, entonces, se apuntó a volver con ellos en el mismo avión y así lo hicieron.

Era increíble con los niños y ellos lo adoraban. Como era tan grande, y tan fuerte, los manejaba a los dos a la vez, siempre los llevaba juntos, se los colgaba del hombro, de las piernas, de los brazos, los perseguía por el parque, les enseñó a chutar una pelota y a correr sin miedo, porque llevaban muy poquito tiempo andando solos. Si se caían los tranquilizaba con voz serena y muchos besos, si lloraban los abrazaba fuerte y les canturreaba canciones turcas. Era adorable y Chloe lloraba mucho viendo aquello, la conmovía muchísimo, y se alegraba infinitamente de que sus hijos tuvieran un padre así.

Su buena disposición y ese enorme amor que desplegó en seguida con Nicky y Alex eran genuinos, no hacía ningún esfuerzo por ser así, era evidente que disfrutaba con ellos, y mil veces le había agradecido la oportunidad que le estaba dando de ver crecer a sus gemelos. Era un padre increíble y cuando, hacía unos quince días, oyó que los niños lo llamaban papá, ni se enfadó, ni trató de corregirlo, se calló y dejó que la naturaleza siguiera su curso.

No sabía lo que estaba pasando, pero estaba decidida a dejar que pasara. Se había tirado dos años fingiendo que estaba sola y que no necesitaba de nadie más para criar a sus hijos, pero cuando experimentó el alivio de tener a alguien al lado que los quería al mismo nivel que ella, que los cuidaba, y que mataría por protegerlos y hacerlos felices, dio gracias a Dios y se dejó llevar. Si Kenan hubiese sido diferente, seguramente nada hubiese cambiado, pero como era así, ella no pensaba contenerlo.

Tomó un sorbo de chocolate y miró por la ventana, fuera caía agua nieve y la casa estaba muy silenciosa. Había dado el día libre a todo el personal, sin excepciones, y esperaba pasar una navidad lo más apacible y familiar posible. Esos eran sus planes y confiaba en que pudiera ser así.

Regresó al salón y subió a la segunda planta para esperar a que los niños despertaran. Se habían acostado un poco tarde y tardarían en levantarse, pero mejor así, porque Kenan quería llegar a tiempo de ayudarlos a abrir los regalos.

Entró en la habitación de los pequeños y recogió del suelo un jersey que él se había olvidado allí, se lo llevó a la nariz y aspiró con placer su aroma, cerró

los ojos y pensó en los besos que se habían dado en el ascensor, la tarde anterior, después de que él interviniera y la salvara de una horda de fanáticos de Trump que, al saber que estaba en Nueva York, habían acudido a su edificio para increparla, tirarle huevos y amedrentarla.

Todo había pasado muy rápido, y no quería culpar a nadie, pero sus escoltas habían estado muy lentos y esa gente se le había echado encima en el corto trayecto entre el coche y el portal sin que nadie los detuviera.

Gracias a Dios iba sola, sin los niños, o la cosa hubiese sido realmente aterradora.

—¡Putra, traidora! ¡fuera de los Estados Unidos!

Empezaron a gritar cuando pisó la acera, apareciendo de repente por todas partes. Eran unos diez, pero le parecieron mil, y los esquivó como pudo hasta que dos les cortaron el paso y Peter, el guardaespaldas, se quedó paralizado, solo un segundo, pero, el suficiente para que alguien la empujara y le escupiera los zapatos.

Ella retrocedió asustada, sintiendo como un huevo le caía de lleno a la pobre Laura, y a punto había estado de ponerse a chillar, sin embargo, una mano firme la sujetó con fuerza por los hombros, apartó a esa gentuza de un empujón y la sacó de la refriega en una milésima de segundo.

—¡Llama a la policía, Graham! —oyó que Kenan gritaba hacia el conserje ya dentro del portal y antes de mirarla a los ojos— ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Seguro?, ¿alguien te tocó?, dime ¿alguien te ha hecho daño?

—No, no, estoy bien, ha sido muy rápido.

—Ok.

La agarró de la mano, mientras fuera seguía el escándalo, llamó al ascensor, la metió dentro y pulsó su planta sin mirarla a la cara. Ella se cruzó de brazos un poco conmocionada y entonces él pulsó el botón del *stop*, el aparato se detuvo dando un salto y antes de poder decir nada se giró, la agarró por el cuello y le plantó un beso de los suyos: directo, enérgico, posesivo y delicioso.

Chloe lo agarró de las muñecas para detenerlo, pero era imposible, era enorme y muy fuerte, y al final se dejó llevar por su lengua y su saliva y esa

pasión animal que desplegaba, lo sujetó por las solapas de la chaqueta y él bajó las manos para sujetarle el trasero antes de inmovilizarla contra la pared, le separó los muslos con una pierna y fue entonces cuándo oyeron los gritos del conserje por el intercomunicador.

—¿Va todo bien?! ¿os habéis vuelto a quedar encerrados?

—No, Graham, va todo bien. Tranquilo.

—¿Y por qué no va?, tengo a gente esperando.

—Ya va —Kenan extendió la mano y lo puso otra vez en marcha, sin soltarla, y se inclinó para seguir besándola hasta que llegaron a su casa.

Una vez allí no habían vuelto a hablarse, ni a mirarse, y ella había acabado en su cuarto más excitada de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo, y deseando cogerlo por un brazo y aprovecharse de él en cualquier rincón de la casa.

—Mami...

—¡Hola, mis amores! ¡Es navidad! Ha venido Papá Noel y os ha dejado muchos regalitos en el árbol.

—¿Papá?

—Sí, pero no vuestro papá, Papá Noel, ¿os acordáis de que venía hoy?

—¡Sí!

—Vamos a ver qué os han traído, pero antes un abrazo muy grande —Los abrazó a los dos, se los comió a besos y su madre apareció para ayudarla a cambiarlos.

—Uy, el timbre —exclamó Mary saliendo al pasillo— ¿Hay que bajar a abrir?

—No, será Kenan y tiene llaves. Justo a tiempo.

Los cogieron en brazos y bajaron las escaleras despacio hasta la primera planta del dúplex, y antes de llegar al último escalón vio como su padre abría la puerta principal y dejaba entrar a Kenan Yaman, que no venía solo, sino con Inci de la mano.

Chloe sintió un vuelco en el corazón y casi se echa a llorar. Era la primera vez que la veía en persona y se le llenó el corazón de ternura, dejó a los niños en el suelo y le sonrió.

—¡Hola, Inci, qué alegría conocerte!. Feliz navidad. Estos son Nick y Mary, mis padres, estos peques Nicky y Alex, y este perrito es mi Benji. ¿Te gustan los perros?

—Sí —saludó ella un poco tímida y Kenan se arrodilló a su lado, abriendo los brazos hacia los gemelos.

—Mira, princesa, estos son tus hermanitos. Dales un beso. Hola, chicos

—abrazó a los gemelos, que corrieron a agarrarse a su cuello, y Chloe se tapó la boca con los ojos llenos de lágrimas, su padre se acercó y la abrazó por los hombros.

—Son muy chiquitines.

—Claro, solo tienen un año y medio, tienes que ayudarnos a cuidarlos porque a veces son un poco traviesos.

—Qué lindo es —se abrazó al cuello de Benji, que no dudó en lamerte la cara, y la abuela Mary intervino para romper el hielo.

—Ya está bien de saludos, hay que ver lo que os ha traído Papá Noel, el arbolito de navidad está lleno de regalos. Vamos a verlo, ¿te vienes, Inci?

Le ofreció la mano, ella asintió y se la llevó al salón seguida por el abuelo y los pequeños. Chloe respiró hondo con las manos en las caderas y luego miró a Kenan, que se había puesto de pie sin quitarle los ojos de encima.

—Qué bien que hayas podido traerla.

—Luego nos vamos todos juntos a casa de mi madre ¿no? Tus padres me dijeron que se apuntaban.

—Después de comer.

—Claro —hizo amago de moverse, pero él la detuvo, la abrazó por el cuello y la estrechó contra su pecho. Chloe cerró los ojos y se dejó llevar.

—Te amo y no pienso prescindir nunca más, jamás, de estos momentos, de nuestros hijos, ni de ti. ¿Estás conmigo, señorita Miller?

—Eres un cabezota.

—¡Papá! —gritó Inci enseñándole su muñeca nueva.

—¡Vaya! Que preciosidad —comentó Chloe acercándose a ella para darle un beso en la frente— ¿Me habrá traído algo a mí? Igual no he sido tan buena.

—Sí —le dijo ella muerta de la risa.

—Vamos a ver ¿y a vosotros, granujillas?

Entró en el salón y vio a los niños abriendo los regalos con la ayuda de los abuelos. Alex ya estaba separando muy concentrado los vagones del tren, mientras su hermano prestaba atención a toda la avalancha de cuentos que les habían regalado.

Era muy feliz, y muy afortunada, lo supo en ese mismo instante. Ni la fama, ni el dinero, ni las películas, ni los aplausos, su mayor premio era ese momento, esa familia, sus hijos sanos y fuertes, y ese hombre que le había cambiado la vida y al que seguía amando con toda su alma.

Levantó los ojos y lo observó con atención, él le clavó los ojos y le sonrió, ella le guiñó un ojo y le devolvió la sonrisa sabiendo que tampoco podría, nunca más, separarse de él.

# EPÍLOGO

## *Un año después*

—Madre mía, Chloe —la agarró por detrás con las dos manos y le acarició el vientre, se inclinó y le besó el cuello—. Estás preciosa embarazada, aşkım (1)

—Si aún no se me nota.

—Estás radiante.

La apartó de la enorme mesa llena de comida y le dio la vuelta para besarla con su ímpetu habitual. Chloe sonrió sobre su boca y lo empujó con las dos manos.

—Mi vida, estamos rodeados de gente.

—Todos saben que estoy loco por ti.

—Ya, pero me da un poco de vergüenza.

—Subamos a la habitación, no te toco desde...

—Ayer por la noche. Vamos, no seas pesado. ¿Dónde están los niños?

—¡Chloe! —Inci llegó corriendo y se le abrazó a la cintura—. ¿Me vas a peinar tú? La abuela me quiere hacer dos trenzas.

*(1) Aşkım. En turco: Mi amor*

—Huyamos, pues —bromeó y volvió a mirar a su marido a los ojos—. Kenan, cariño, ¿dónde están tus hijos?

—¡Papá!

Oyeron la vocecita de Alex y en seguida el comedor se llenó de gente. El pequeño corrió para enseñarle una piedra que se había encontrado en el jardín, él lo cogió en brazos para prestarle atención y Chloe vio aparecer detrás a Nihan con Nicky en brazos y al resto de la parentela, que empezaron a ocupar sus puestos en la mesa sin dejar de charlar y reírse, y alborotar, como solía pasar con una familia tan grande.

Sonrió y miró por la ventana el precioso paisaje que tenía delante, el maravilloso Bósforo. Estaban en Estambul, estrenando casa nueva y habían invitado a sus dos familias a pasar las navidades todos juntos en Turquía.

Los Yaman habían llegado casi al completo, los Miller no, solo sus padres y su hermana Penny con su nuevo novio, y se lo estaban pasando en grande.

En Estambul había mucha familia de su suegro, el fallecido Tarkan Yaman, y habían podido conocer a la mayoría. Estaban muy ilusionados con la experiencia de reencontrarse con hermanos y primos perdidos, especialmente su suegra, y ella se sentía muy afortunada de poder haberlos reunido allí, en su nueva casa. Una casa que no podrían visitar demasiado por culpa del trabajo, pero que esperaba poder aprovechar y disfrutar en las ocasiones señaladas.

Miró a Inci y la animó a subir a su cuarto para peinarla. Era una bendición tenerla con ellos de forma permanente desde hacía casi ocho meses.

En cuanto se habían casado, en marzo del 2019, en una ceremonia secreta y privada en Londres, sin apenas invitados y en la más estricta intimidad (dijo la prensa de todo el mundo), Kenan había pedido la custodia exclusiva de su hija. Kimberly se acababa de divorciar de su reciente marido y esperaba otro hijo de su nuevo novio. Inci andaba un poco desorientada con la situación, su madre empezó a hablar de meterla un internado y Kenan ya no pudo más y solicitó una revisión del convenio regulador.

Fue entonces cuando Kimberly De Luca le pidió directamente que la ayudara a financiar un nuevo negocio en Brooklyn, Chloe accedió de inmediato, convenció a Kenan, que al principio de negó en redondo, y en un mes tenían



firmado el nuevo convenio regulador, la custodia exclusiva, y se llevaron a Inci a casa. La mayor alegría de su vida, sobre todo para su padre, que no se podía creer semejante milagro.

En agosto, ya de vuelta en Manhattan para quedarse, supo que estaba embarazada otra vez. Ambos querían más hijos y era el resultado natural de una vida plena, apasionada y llena de amor.

Ambos estaban viviendo un sueño, ella había acabado su última película y se había retirado para cuidar del embarazo y de los niños, también de su guapísimo y sexy marido, que la tenía loca de amor, y él continuaba con su empresa de seguridad, aunque según decía, a la única que le interesaba vigilar era a su mujer, que lo tenía alerta las veinticuatro horas del día.

Nada era perfecto, ni una balsa de aceite, por supuesto, porque ambos eran personas independientes y con mucho carácter, pero estaban juntos, bien, enamorados, se querían y su familia era lo más importante. ¿Qué más se podía pedir?

—Quiero cortarme el pelo —le dijo Inci mientras ella le hacía un moño de bailarina.

—¿Por qué? Tienes un pelo precioso y si te lo cortas ¿cómo te voy a poder hacer estos recogidos tan chulos?

—No muy corto, solo como tú, hasta los hombros.

—Bueno, se lo comentaremos a tu madre a ver qué opina.

—Le dará igual.

—Eso no lo sabemos.

—Quiero volver de las vacaciones de navidad con un nuevo *look*.

—Ok —le sonrió a través del espejo y le besó la cabeza—. Pero si lo hacemos será en Nueva York y con mi peluquero...

—Inci, princesa, baja al comedor, vamos a empezar a comer en seguida.

Aşkim, tú no te muevas.

Kenan entró en su dormitorio con vistas al Puente del Bósforo y se dirigió a ellas con su autoridad habitual. Inci salió corriendo hacia las escaleras y él cerró la puerta de una patada, empezando a desabrocharse los botones de su camisa blanca inmaculada. Chloe sonrió y movió la cabeza.

—No voy a mirarte, no caeré otra vez. Tengo mucha hambre y hay un montón de gente esperándonos para comer.

—Schhh.

—Kenan... —observó su cuerpazo y cómo levantaba las manos para desatarse la coleta *hipster* y ya supo que estaba vendida—. Mi amor...

—Cuánto más hables, más tardamos. Ven aquí.

La dio la vuelta y deslizó la mano por debajo de la falda hasta sus caderas y desde ahí hasta las braguitas, se las arrancó de un tirón y volvió a ponerla de frente para plantarle un beso demoledor. Ella le sacó la camisa y le besó el pecho sintiendo como la levantaba y la penetraba a la par que la acomodaba sobre la cama.

—Ya eres mía, Chloe Miller, no puedes luchar contra mí.

—En eso tienes razón.

Fin

## INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero ahora publica por primera vez la SERIE DIVAS, serie romántica dedicada a esas mujeres fuertes, ricas y famosas, muy independientes y con mucha decisión, que viven el amor a su manera.

Después de CHLOE, la historia de una mundialmente famosa actriz de Hollywood, viene GISELLE, ambientada en el mundo del deporte y la moda, y PAISLEY, la historia de una exitosa cantante de rock.